

EDICIONES BIBLIOTECA FILME - Serie especial

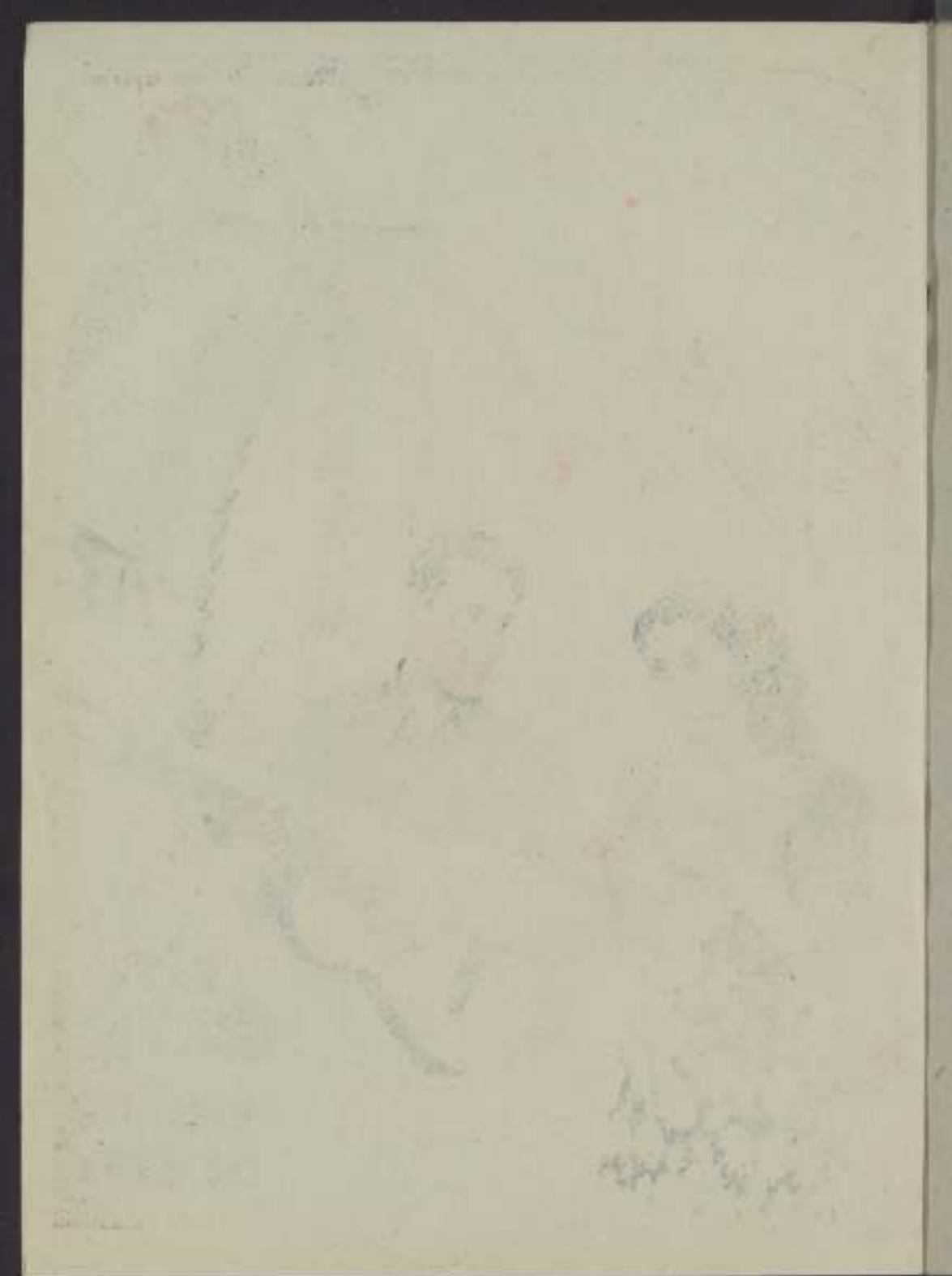
Como MEXICO no hay dos

Editorial  **Atlas**



**TITO
GUIZAR**

**VIRGINIA
SERRET**





COMO MÉXICO
NO HAY DOS

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 334 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director EDITORIAL RAMON SALA VERDAQUER

Avenida 207 - BARCELONA - Teléfono 70657
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbarrá, 16, Barcelona - Telérama, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"

AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NÚM. 136

NÚM. 375

COMO MEXICO NO HAY DOS

Como México no hay dos es una agradable, risueña y animada cinta mexicana dirigida elogiablemente por Carlos Orellana. Un enredo que gira alrededor de una novlia muy bonita, que es Virginia Serret; cuadros animadísimos de bailes y la voz de oro de Tito Guizar constituyen su interés principal. Valores que son siempre habituales en las películas mexicanas, y que en este caso se hallan aumentados por la simpatía de su popularísimo argumento.

Distribución
para España:



Cinematografía Comercial, S. A.
Jacometrezo, 14 MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>José Luis Morales</i>	<i>Tito Guízar</i>
<i>Carmelita</i>	<i>Virginia Serret</i>
<i>Raimundo Sudrez</i>	<i>Fernando Soto</i>
<i>Miss Jackson</i>	<i>Olga Romero</i>
<i>Chon</i>	<i>Ramón Vallarino</i>
<i>Don Anselmo</i>	<i>Arturo Soto Rangel</i>

TÍTULOS DE LAS CANCIONES

Repertorio Música del Sur

Capulín
Tehuantepec
Carmelita
El despecho de los celos
Como México no hay dos
Mentira
Qué rechulo es el amor
La bandera
Arrepentida

Director:

Carlos Orellana

Narración literaria por
Luis Manuel Molina

LA FERIA DE LA CANCION

Es San Luis de las Flores una pequeña aldea de la gran nación mexicana que está entregada, quizá como ninguna otra, a ese rito azteca que es la música, y es que todo en ella inspira amor: su cielo, azul a veces, otras tornasolado; su tierra, cubierta de exuberante vegetación... pero por encima de ello, sus mujeres morenas y atrayentes, de dulce voz y singular belleza; y es ese amor el que hace brotar de los corazones raudales de música hechicera.

Por esta razón, no es extraño que se celebre anualmente en esta aldea una feria llamada «de la Canción» y que consistía en un extraordinario certamen musical al que concurrían los mejores cantantes y los más afamados mariachis del país. Jalisco, Guadalajara, Tehualtepec y otras muchas ciudades, famosas por su espíritu folklórico, enviaban su representación. Todas acudían atraídas por el premio que se otorgaba en ella, pues, además de la honra que su posesión significaba, la elevada cantidad en metálico que le acompañaba lo hacía aun mucho más codiciado. Pero siempre, y muy a pesar de los que por esta causa sufrían desilusiones, el premio era ganado, año tras año y justamente, por el mariachi de la aldea organizadora del certamen, y ello gracias a la participación del extrordinario cantante llamado José Luis Morales.

Era José Luis un muchachote fuerte, simpático de carácter y de un profundo amor a su patria y a sus compatriotas... femininas. Ni que decir tiene que era el idolo de la aldea; todos, sin excepción alguna, admiraban las magníficas facultades de cantante que poseía y todos permanecían embelesados mientras su voz interpretaba las más bellas canciones populares.

Aquel año el esplendor de la feria superaba en mucho al de los anteriores, tanto por la organización de los festejos como por la calidad de los cantantes que habían concurrido. Sólo daba esperanzas a los de San Luis de las Flores el hecho de contar con José Luis y estaban seguros de que también en aquella ocasión alcanzarían el primer premio. No obstante, la batalla era reñidísima, y así lo decía el locutor que transmitía por una importante emisora del país la Feria de la Canción.

—Señoras y señores: hoy, como en años anteriores, se celebra en esta preciosa aldea su tradicional Feria de la Canción. Todo es animación en ella, todo alegría, todo color. Bulle en los corazones la inquietud por conocer los resultados de la votación del Jurado. Los conjuntos forasteros que se han presentado alientan la esperanza de arrebatarse, por primera vez en la historia de esta feria, el premio a los de San Luis de las Flores... Pero permitan, señoras y señores, que me interrumpa; en este momento se aproxima al micrófono el gran cantante José Luis Morales que, en su primera actuación en esta feria, interpretará la canción titulada «Capulín».

Cuantos se hallaban presenciando en la plaza Mayor de San Luis de las Flores el Certamen, y todos los que escuchaban su retransmisión oyeron el rasguear de las guitarras y en seguida una voz armoniosa, clara y alegre que cantaba:

CAPULÍN

Capulín, Capulín,
Capulincito tan negro;
yo que la andaba buscando
y usted que se anda escondiendo.

Capulín, Capulín, Capulín,
Capulincito tan negro;
yo que la andaba buscando
y usted que se anda escondiendo.
Y en Puerto Rico las borincanas
a sus maridos les sacan canas.
Capulín, Capulín,
Capulincito tan negro;
yo que la andaba buscando
y usted que se anda escondiendo.
Y los mexicanos son muy valientes,
las mexicanas son muy Capulín.

Una cerrada ovación premió la canción de José Luis: la confianza que sus paisanos habían depositado en él no había sido traicionada. Después de su magnífica actuación era de esperar que la votación se inclinara en favor del mariachi de San Luis de las Flores. Así lo comprendieron todos y hubo un conjunto forastero que, viendo en él su único rival, trató de vencerlo por un camino algo tortuoso.

La cantante de este mariachi era —como todas las mexicanas— demasiado bella para no rendir a un hombre de una sola mirada, y más si ese hombre era tan débil ante el sexo femenino como José Luis Morales. Por eso, cuando descendió éste del tablado donde había cantado y notó que unos ojos negros engarzados en una cara de rosa le miraban inquisitivamente, no pudo evitar la tentación y, rápida y galantemente, se dirigió hacia la mujer a quien pertenecían esos lindos ojos y en la que reconoció a una de las cantantes forasteras.

—¿Nadie se ha matado por usted? —le preguntó después de haberla saludado con una sonrisa.

La linda cantante negó con la cabeza y sonrió zafameramente. Se sentía satisfecha por la facilidad con que había atraído a su presa.

—Pues váyame mandando una corona —dijo seriamente José Luis.

Con una alegre carcajada acogió la cantante estas palabras y cuando cesó de reír le dijo con coquetería.

—Gracias, es usted muy galante. ¿Qué se le ofrece?

—Servirla. Mejor dicho —se rectificó José Luis— máfame por servirla.

—¿Es usted sincero o es puro jarabe de pico lo que me dice?

—Tan cierto —respondió José Luis— como que los de San Luis de las Flores ganaremos también este año la Feria de la Canción.

El calor que José Luis puso en estas palabras inquietó un tanto a la cantante: si estaba decidido a alcanzar el premio, difícil le resultaría conseguir su propósito.

—Me temo —dijo fingiendo tristeza— que no sea cierto lo que dice. Seguramente me negará un favor que pienso pedirle.

—Pues pídamelo y verá si es cierto cuanto he dicho —dijo José Luis sin sospechar de lo que se podía tratar.

—No me atrevo... —contestó tímidamente su interlocutora—. Estoy segura de que lo rechazará.

Viendo que no se decidía a hablar, José Luis la animó:

—Hable de una vez, sin miedo.

La cantante, que hasta ese momento había querido afianzar el terreno, se decidió al fin y dijo poniendo una mano en el brazo de José Luis:

—Tal vez... si usted, por una fatal desgracia... —no podía evitar ciertos titubeos al hablar— tuviera un fallo al cantar su próxima canción; a nosotros... es decir, al mariachi con el que actúo, le resultaría fácil alcanzar el primer puesto en la votación. ¿Me entiende?

—Quiere decir —dijo José Luis con claridad— que cante mal a propósito para que ustedes se lleven el premio. ¿No es eso?

—Exactamente —respondió la cantante, añadiendo con picardía—. Yo sabría recompensarle...

—¡Chóquela! —exclamó alborozado José Luis tendiéndole la mano—. Me gustan las mujeres simpáticas como usted. ¿Era solamente eso lo que quería?

—Sí —repuso la cantante con alegría al ver en el rostro de José Luis que estaba dispuesto a complacerla.

—Pues eso —contestó José Luis cambiando el tono de sus palabras y poniéndose serio— no lo hago yo por nada del mundo. Pídamelas las estrellitas del cielo y, una a una, se las pondré a sus pies. Pero no pretenda que traicione a mi pueblo y a los que depositaron su confianza en mí. La Feria de la Canción —añadió con énfasis— es un rito al que nos entregamos todos los años los habitantes de esta aldea y nadie ni nada podrá conseguir que frenemos nuestro entusiasmo y que renunciemos así, tan lindamente, al premio que tenemos merecido.

No desde muy lejos, estaba siendo observado este coloquio por una linda muchachita, joven, apenas cumplidos los dieciocho años, ojos negros, dulces y vivos a la vez, y boca primorosa. Su cuerpo, esbulto y torneado, lucía un precioso traje mexicano entre cuyos adornos bordados en plata, destacaba en la falda el águila imperial de México, que ella misma bordara primorosamente.

En aquel instante, su mirada, de ordinario alegre, tenía el brillo de la ira. Hacía tiempo que Carmelita —nombre de la muchacha en cuestión— era novia de José Luis y queda explicado con esto el motivo de la ira que centelleaba en sus ojos. Constituía siempre la feria motivo de disputa para Carmelita y José Luis, y es que el simpático muchacho, sin picardía ni malicia, extremaba su galantería con las forasteras y dejaba a la novia algo olvidada. Esto, claro está, daba celos a Carmelita y era causa suficiente para que durante varios días estuvieran enfadados. Después, la simpatía de José Luis sitiaba a su novia, el amor picaba el corazón juvenil de la muchacha y, entre besos y abrazos, surgía la reconciliación.

Acertó a pasar en aquel instante junto a Carmelita un simpático mexicanito —mexicanito solamente, pues era muy baja su estatura— de nariz chata y ojos burlones y a quien todos conocían por el diminutivo de Chon, y nadie, ni él mismo siquiera, sabía su nombre completo.

El y José Luis trabajaban en la alfarería propiedad del padre

de Carmelita, si bien el trabajo que uno y otro desempeñaban era completamente distinto. Chon, con graciosa torpeza, rompía con frecuencia los vasos de arcilla que se fabricaban en la alfarería cuando —como recadero— se encargaba de llevar los pedidos a la estación. José Luis, por el contrario, tenía un trabajo mucho más delicado: su pincel de artista adornaba con fantásticos y bellos dibujos los jarrones de arcilla fina.

—¡Chon! —llamó Carmelita cuando le vió pasar junto a ella— ¡Ven aquí!

—Mándeme —dijo el muchacho, respetuoso.

—Vete y dile a José Luis —ordenó Carmelita denotando la ira que la dominaba— que venga inmediatamente aquí y deje de platicar con esa mujer.

—Al instante —dijo Chon, y obediente se dirigió en busca de José Luis.

Llegó donde él estaba a punto de oírle despedirse de la cantante.

—Siento no haberla podido complacer —decía José Luis, en cuya voz había vuelto la corrección y la amabilidad que perdió cuando se negara con palabras ásperas a acceder a su petición—. Pero ya sabe que en otra cosa estoy dispuesto a servirla. Adiós.

—Adiós —repuso la cantante con una sonrisa en los labios y con una mirada llena de admiración por su entereza, pues a pesar de su negativa, no guardaba el menor rencor hacia él: su simpatía y sus modales la habían cautivado. Se prometió volverle a ver.

Al dar media vuelta José Luis para marcharse se tropezó con Chon que, al verlos despedirse, se había detenido detrás de él.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó José Luis.

—¡Ay, José Luis! —dijo compungido Chon—. Mira lo que estás haciendo... mira que Carmelita está celosa... Anda, vete y pídele perdón.

—Eso mismo haré —dijo José Luis dirigiéndose en busca de Carmelita, a la que encontró aún más enfadada de lo que estaba cuando la dejó Chon.

—¿Qué tienes, Carmelita? —preguntó cariñosamente—. ¿Qué te pasa?

—De sobra lo sabes tú lo mucho que me enfada el verte enamorando a otras mujeres —dijo Carmelita sin poder evitar que unas lágrimas rodaran por sus mejillas de nácar, y añadió en son de reproche—. Parece que te gusta hacerme sufrir.

—Pero Carmelita —se disculpó José Luis— si no hay malicia alguna en mi amistad con otras mujeres. ¿A qué vienen esos celos? Si ya sabes que a la única a quien quiero es a ti, lo demás es puro «chicoleo» que no debes tener en cuenta.

—Está bien, José Luis —replicó Carmelita— pero oye bien lo que te digo: si te veo enamorando a otra mujer soy capaz de cometer una locura.

Quiso José Luis responder a las palabras que su novia le dijo en tono de amenaza, pero ésta, dando la vuelta, le obligó a callarse antes aun de que hubiera empezado a hablar. Intentó seguirla para hacerse escuchar, pero Chon que se acercó a él en aquel momento se lo impidió.

—Prepárate, José Luis —le dijo— que ahorita mismo, no más terminen las tehuanas te toca cantar a ti. Yo iré a avisar a don Anselmo, que me ordenó que así lo hiciera cuando fueses a cantar.

José Luis tuvo que desistir de su pensamiento de seguir a Carmelita, pues le faltaban pocos minutos para cantar y no podía entretenerse. Mientras se dirigía a la plataforma de los cantantes pudo escuchar, con agrado, la dulce voz de la cantante tehuana que, coreada por su mariachi, cantaba:

TEHUANTEPEC

(Canción mexicana)

Tropico cálido y bello,
istmo de Tehuantepec,
música de una marimba
que cantan con voz de mujer, praderas
Tehuantepec, Tehuantepec.

Música de una marimba,
que cantan con voz de mujer, praderas
tehuana,
la de la piel tostada,
tehuana,
la de la voz timbrada,
bordan tu traje flores de seda,
pareces una virgen que de un retablo se desprendiera.

Tehuana,
la del alma suriana,
que bailas de la marimba al son,
preciosa, rumbosa,
virgen de mis amores,
mujer de encajes de seda y sol.

Cuando le llegó el turno a él, escogió una canción que venía como de molde para dedicársela a Carmelita con motivo de su enfado, así es que decidió cantarla. Entretanto, don Anselmo —que así se llamaba el padre de Carmelita— entusiasta como ninguno de la voz de José Luis, al enterarse por Chón de que iba a cantar, interrumpió a unos forasteros que en aquel momento se hallaban examinando unos jarrones en su tienda, y les dijo:

—Perdónenme, pero en este momento va a cantar un empleado mío. Vengan conmigo; es cosa que vale la pena.

Los forasteros accedieron gustosos al deseo de don Anselmo y se dirigieron con él a la plaza Mayor, llegando a tiempo para oír a las guitarras y después, agradable y bien timbrada, la voz de José Luis que cantaba:

Que bonita, mujercita,
y se llama Carmelita;
con sus ojos tan hermosos
y su boca pequeñita.
Caminando, va cantando
las plegarias del amor,

nadie sabe si en su canto
hay plegarias de dolor.

Carmelita, Carmelita,
para qué tanto sufrir
si una boca tan chiquita
no más se hizo «pa» reír.
Carmelita, Carmelita
para qué tanto llorar
si una boca tan chiquita
no más se hizo «pa» besar.

Es tan linda, tan rechula,
mujercita,
que me apena que se ponga
celosita.

No te pongas a llorar,
no te enfades, Carmelita,
que a ti sólo he de adorar.

Carmelita, Carmelita
para qué tanto sufrir
si una boca tan chiquita
no más se hizo «pa» reír.
Carmelita, Carmelita
para qué tanto llorar
si una boca tan chiquita
no más se hizo «pa» besar.

Una encendida salva de aplausos acogió la canción, y como quiera que se prolongara durante mucho tiempo, los miembros del Jurado no dudaron ya en rellenar sus papeletas con el nombre de José Luis Morales como el mejor cantante y del conjunto de San Luis de las Flores como el mejor mariachi.

Después de José Luis actuaron algunos cantantes más, pero ya ninguno alcanzó el éxito suyo. El locutor anunció la terminación de la Feria.

—Y así, señoras y señores, con la misma alegría, con el mismo entusiasmo como empezara, ha concluido esta sin par Feria de

la Canción, única en el mundo como único también es nuestro gran país, pues, señoras y señores, como México no hay dos —el locutor hizo una pausa y luego advirtió—. Señores radioyentes, no pierdan nuestra sintonía, dentro de breves instantes comunicaremos a ustedes el fallo del Jurado calificador, en tanto, oigan ustedes...

Raimundo Suárez, que había encendido su aparato de radio a tiempo para oír las últimas palabras del locutor, la apagó malhumorado.

—Necio—rezongó—, decir que como México no hay dos. Cómo se conoce que no ha viajado.

Contaba Raimundo con treinta y cinco años, y hacía pocos días que había regresado a San Luis de las Flores, su aldea natal. Mucho tiempo residió en el extranjero y esta ausencia de su patria había influido, por desgracia, perniciosamente en él, transformando su propia personalidad al hacerle perder el patriotismo. Creía, equivocadamente, que vistiendo trajes a la moda extranjera, hablando con pedantería, fumando tabaco rubio y despreciando las costumbres de su país, aparecería ante las demás personas como un ser inteligente y superior; pero no tardaría en darse cuenta de su error y que su actitud sólo inspiraba el desprecio de sus compatriotas, tan amantes de su propia idiosincrasia, aunque no por ello rectificaría su conducta.

De no haber apagado Raimundo su receptor, habría podido oír pocos minutos después de haberlo hecho, la voz del locutor que a través del micrófono y entre clamorosas ovaciones, anunciaba el triunfo de José Luis Morales y de San Luis de las Flores. Claro está que él no se hubiese alegrado por el triunfo de sus paisanos, aunque sí por la noticia de la terminación de la Feria.

EL DESPECHO DE LOS CELOS

Era natural que después del comportamiento que José Luis tuvo para con su novia, ésta se encontrara resentida. Por eso, al día siguiente, cuando pintaba en el taller y la vió llegar quiso congraciarse con ella y la saludó afectuoso:

—Buenos días, Carmelita.

La muchacha no respondió.

—Buenos días —repitió José Luis, añadiendo— ¿No estarás enojada?

Tampoco esta vez le hizo caso Carmelita y se dirigió al otro extremo de la amplia nave del taller fingiendo buscar algo. Un compañero suyo de trabajo, viendo la actitud de la muchacha, se acercó a él y le aconsejó:

—No la hables, mejor cántale.

—Tienes razón—dijo José Luis, y dirigiéndose a una de las paredes descolgó una guitarra que había en ella. Acarició suavemente sus cuerdas, de las que salieron armoniosas notas, y comenzó a cantar:

Que bonito es contentarse
después de haber peleado,
pero es mucho más bonito
cuando uno está enamorado.
No me ocultes tu sonrisa
ni te pongas enojada,
que lo que niegan tus labios
lo dices con la mirada.

Los operarios de la alfarería, que sentían una gran admiración por su compañero, escucharon embelesados la canción. José Luis, seguro del hechizo de su voz, avanzó hacia Carmelita y, acompañándose con la guitarra prosiguió cantando:

El despecho de tus celos
alienta más mi ilusión,
pues aunque tú me desprecies
te llevo en mi corazón.
No me ocultes tu sonrisa
ni te pongas enfadada,
que lo que niegan tus labios
lo dices con tu mirada.

Esta vez los compañeros de José Luis corearon la canción. El muchacho, dejando la guitarra encima de una de las mesas, se acercó a Carmelita.

—Se acabó el enojo —la dijo— ¿o sigo cantando?

—Ni que lo hicieras tan bien —le contestó desabrida su novia.

—Pues no tan mal —se defendió José Luis un tanto corrido por el desaire de Carmelita.

Carmelita no le contestó y, volviéndole la espalda, se dirigió a su habitación que estaba en el mismo edificio del taller. José Luis resignado reanudó su trabajo, pero en seguida fué interrumpido por la llegada de Chon.

—Chango —dijo éste— me dice el mecánico que ya está arreglada la «Vilma» y que puedes ir a verla cuando quieras.

—Ahorita mismo iré —repuso José Luis—. Pero espera un momento que quiero pedirle permiso al patrón.

Don Anselmo, que había oído sus palabras, se lo concedió sin esperar que se lo pidiera.

—Márchate, José Luis, tienes mi permiso.

—Gracias, don Anselmo —agradeció José Luis y se marchó en compañía de Chon.

Con el nombre de «Vilma» había bautizado José Luis a un antiquado y desvencijado automóvil, que tuvo el capricho de comprar con el dinero del premio que ganó en la pasada Feria de la Canción. No funcionaba bien el cacharro y por eso acababa de ser reparado. El nombre de «Vilma» se debía al mal funcionamiento y era el diminutivo de «vil matraca».

Estando ausente José Luis viendo cómo había quedado su «fortingo» después de la reparación, llegó doña Clarita, madre de éste, que venía dispuesta a enterarse del comportamiento de su hijo para con Carmelita. Conocía las virtudes que adornaban a la muchacha y como conocía también los defectos de José Luis, temía que una tontería de éste diera al traste con la proyectada boda y le perjudicase al perder el cariño de una buena mujer.

—Buenos días, doña Clarita —saludó don Anselmo nada más verla entrar—. ¿Qué le trae de bueno por aquí?

—Nada bueno —respondió—. Me temo que el comportamiento de José Luis para con su hija durante la Feria no haya sido excesivamente correcto y por ello vengo dispuesta a enterarme si son ciertos mis temores.

Don Anselmo, que tenía bastante mimado al muchacho, balbució unas palabras en defensa de éste.

—Pero, doña Clarita, ¡parece mentira que dé usted importancia a esas pequeñeces! ¿Qué mal hay que un muchacho piropee a las mujeres?

—Mucho, don Anselmo —aseguró la madre de José Luis— si ese muchacho tiene novia. Es increíble que mime usted tanto a mi hijo —reprochó—. Esa excesiva consideración que tiene

para con él le está estropeando. ¿Dónde se ha visto —preguntó, señalando a la guitarra que José Luis dejara sobre la mesa— que un patrón consienta a su obrero que cante y toque la guitarra durante las horas de trabajo?

—Pero no me negará —se defendió don Anselmo— que sin la música no se podrían hacer esos primores de arcilla.

Era inútil convencer a don Anselmo y doña Clarita que lo comprendió, optó por hablar con Carmelita.

—Está bien —le dijo— pero quiero ver si su hija opina lo mismo que usted. ¿Dónde está?

—En su cuarto —repuso don Anselmo—. Pase usted si quiere.

No se lo hizo repetir doña Clarita, y dirigiéndose al cuarto de la muchacha entró en él.

—Buenos días —saludó cariñosa a Carmelita y como notara en el rostro de la novia de su hijo una expresión de tristeza, le preguntó— ¿Qué es esa pena, Carmelita? ¿Otra nueva trastada de José Luis, acaso?

—Sí, doña Clarita —respondió entre sollozos—. Parece que le gusta hacernos sufrir. Ayer no hizo sino darme celos durante toda la Feria.

—Vaya, vaya —se lamentó la madre de José Luis— ya me lo temía yo. Pero no te preocupes —añadió con firmeza— que ya le haremos entrar en vereda. Ahora, seca esas lágrimas y no estés más triste. Sal de esta habitación y sonríe nuevamente, que yo te prometo que todo se arreglará.

Mientras las dos mujeres hablaban de esta manera, llegó a la alfarería un personaje a quien ya tuvimos el disgusto de conocer en el capítulo anterior. Se trataba, claro está, de Raimundo Suárez que acudía a saludar a sus antiguos amigos y a presumir de hombre de mundo ante ellos.

Muy estradito y con aires de superioridad, entró en el taller y sin efusión ni calor contestó a los cariñosos saludos que le dirigió don Anselmo. Después, respondiendo al amable reproche que le hiciera por no haberse dejado ver hasta entonces, dijo:

—No vine antes a saludarle, porque detesto el ruido —se

refería naturalmente a la Feria de la Canción— y como además es todo tan vulgar en este pueblo, no sentía deseos de salir a la calle.

A don Anselmo le sentaron estas palabras peor que un cólico. ¿Cómo era posible —se preguntó— que un mexicano considerase vulgar el pueblo donde había nacido? Indudablemente había perdido el amor a su patria, y al considerar esto sintió un profundo desprecio por aquel renegado.

Los obreros de la alfarería que también habían oído las palabras de Raimundo, le dirigieron miradas despectivas y más de una mano sintió la tentación de lanzar contra su cabeza un jarrón de arcilla.

—¿También en el extranjero —interrogó don Anselmo a Raimundo— te parecía todo tan vulgar?

—Todo lo contrario —se apresuró a contestar Raimundo—. Allí la vida es distinta. Viaje usted y visite otros países, verá como se convence de lo que digo.

—Lo siento, Raimundo, pero estoy aquí tan bien que no necesito marcharme para vivir feliz.

—Está bien —le respondió el renegado— pero de todas formas quiero que sepa que en lo que a usted se refiere me alegro de haberle vuelto a ver y también me alegraría mucho poder saludar a Carmelita. ¡Debe estar hecha una mujer!

Como si los deseos de Raimundo tuviesen la virtud de trocarse al instante en realidad, apareció en ese momento Carmelita que acompañaba a la madre de José Luis. Al verla, Raimundo no pudo contener una exclamación de asombro. Pocos años hacía que faltaba de San Luis de las Flores y le parecía imposible que en tan breve plazo hubiese podido sufrir Carmelita tan gran transformación. Su desarrollo físico la había convertido en una mujer de extraordinario atractivo. Tuvo que confesarse a sí mismo que al menos Carmelita se libraba de la vulgaridad que encontraba en todas las cosas de su tierra, pues no había visto jamás en el extranjero mujer que se pudiese comparar con ella.

Aprovechando que don Anselmo se fué hacia doña Clarita para despedirse de ella, Raimundo se acercó a Carmelita.

—¡Hola, chiquilla! —dijo cuando estuvo junto a ella—
¿Me reconoces?

—Sí, Raimundo —contestó inmediatamente y un tanto extrañada al ver la ropa estrafalaria que vestía— ¿Cómo te fué por el extranjero?

—Muy bien, Carmelita; sólo que siempre he sentido la falta de cariño y, créeme, que es en busca de ese cariño por lo que he regresado. Las mujeres extranjeras son poco atractivas; no se parecen a ti —al oír estas palabras Carmelita se puso enternida, Raimundo que vio que aún continuaban despidiéndose don Anselmo y doña Clarita, decidió proseguir— Carmelita, he ganado mucho dinero, tanto que con él podría comprar a este pueblo entero; podía hacer feliz a cualquier mujer, pero quiero que esa mujer seas tú. ¿Quieres casarte conmigo, Carmelita?

La muchacha se quedó anonadada: una declaración tan repentina, ni remotamente se la había esperado. No conocía la forma en que estas cosas se trataban en el extranjero, pero sí conocía las costumbres mexicanas y como viera que Raimundo las debía haber olvidado, le dijo:

—Estas cosas, Raimundo no se tratan así.

—Dispénsame, Carmelita —le contestó éste un tanto corrido— por haber tratado este asunto de una forma práctica. Espero que por ello no te habrás ofendido y que podremos volver a vernos. ¿No es eso?

—Sí, Raimundo —dijo Carmelita, y añadió cortésmente para que no se pudiera ofender— pero perdóname, siento tener que dejarte. Adiós.

—Adiós, Carmelita.

No desanimó este fracaso a Raimundo; se creía un superhombre y un irresistible y estaba seguro de que tarde o temprano conseguiría lo que se había propuesto. Mas viendo que por el momento ya nada tenía que hacer en aquella casa se dirigió hacia la puerta para marcharse. Llegó en el instante en que doña Clarita se marchaba y dijo a don Anselmo, que aun estaba en el quicio de la puerta.

—Adiós, don Anselmo. Tendré mucho gusto en volver a saludarle.

—Gracias, Raimundo; ya sabes que serás bien recibido.

El renegado fue a salir a la calle, pero se detuvo: un mariachi, con un insignificante personajillo de sombrero charro a la cabeza, le cerraba el paso.

Había cundido por todo el pueblo la noticia de la llegada de Raimundo y todos sabían ya que se había convertido en un renegado. El mariachi que ahora le cerraba el paso venía dispuesto a darle la réplica por su conducta. Nada más verle, el insignificante personajillo —que dicho sea al paso, tenía en las arrugas de su viejo rostro una expresión de picardía— hizo una señal a todos los músicos para que empezaran a cantar acompañados de sus guitarras. Así lo hicieron y Raimundo tuvo que escuchar, escocido, una canción popular que detestaba más que a ninguna otra y que decía:

COMO MEXICO NO HAY DOS

(Canción corrido)

Tengo el alma de bohemio y mejicano
vagabundo y trovador.
Para todos mi amistad llevo en la mano,
soy así de corazón.
Vagabundas por el mundo mis canciones
van rodando como yo,
y es mi orgullo el que me nombren mejicano.

Hablado.—¿Por qué? Vámonos, claro, hombre.

Como México no hay dos.

Estrib.—No hay dos en el mundo entero.

ni hay sol que brille mejor.

si aquí la Virgen María

dijo que estaría, que aquí estaría mucho mejor.

Mejor que con Dios, dijo que estaría
y no lo diría no más por hablar,
caray en el extranjero, en el extranjero
cuanto más quiero yo a mi nación.

II

Es bonito California, quien lo duda,
de la Unión es lo mejor,
sus naranjos y sus vinos hechos de uva
sus manzanas de color.
San Francisco, Hollywood y sus artistas,
La Mae West, la Greta, ay Dios,
pero yo prefiero un trago de tequila
Hablado.—¿Por qué? Vamos, claro, hombre.
Como México no hay dos.

Estribillo

Rascacielos que se pierden en el cielo
los que tiene Nueva York,
las mulatas de la Habana tienen eso,
tienen eso que es amor.
Buenos Aires en progreso es el primero,
Río Janeiro, orgullo es,
pero México es mi patria y yo la quiero.
Hablado.—¿Por qué? Vamos, claro, hombre.
Como México no hay dos.

Todos los operarios de la alfarería que se asomaron a la puerta
para oír la réplica del mariachi, se sintieron invadidos de una
gran satisfacción: habían sido vengadas las palabras injuriosas
contra su patria que poco antes dijera Raimundo.

Don Anselmo, viendo la cara de rabia de éste, le preguntó:
—¿Te molestan?

—¡Ya lo creo! —repuso Raimundo—. No cesan de impor.

tunarme dondequiera que voy, pero ya se cansarán. Adiós, don Anselmo.

Ambos se separaron y, al hacer Raimundo ademán de marcharse, el mariachi le cerró nuevamente el paso. Malhumorado se enfrentó con ellos:

—¡Largo de aquí! Si continúan molestándome, les denunciaré a las autoridades.

El hombrecillo que iba al frente del mariachi hizo señas a uno de los músicos que se adelantara.

—Enséñale a ese caballero la autorización que tenemos del Presidente Municipal —le dijo.

El músico lo hizo así y tuvo que morder polvo también esta vez: no había forma de librarse de esos malditos, pues estaban autorizados a cantar donde quisieran.

Estando así las cosas, llegó José Luis acompañado de Chon, quienes al ver a su antiguo amigo le saludaron cariñosamente.

—¡Chócala! ¿Cómo te va? —dijo José Luis tendiendo la mano.

—Muy mal —respondió irritado Raimundo— teniendo que soportar a estos necios que no dejan de importunarme.

—¿Pero cómo —preguntó José Luis en tono de reproche al mariachi— es que os habéis olvidado de que Raimundo es paisano nuestro?

—No, José Luis —respondió uno de los músicos—. Es él quien se ha olvidado de nosotros. Ha vuelto hecho un renegado.

—No es posible eso. Dejadle en paz —y dirigiéndose a Raimundo le dijo—. Pasa dentro y charlaremos. Tenía muchas ganas de volverte a ver.

Raimundo aceptó la invitación de José Luis y entró nuevamente en la alfarería. Una vez dentro de ella tomaron asiento y comenzaron a charlar.

—Bueno, cuéntame como te fué —dijo José Luis.

—Muy bien. Gané mucho dinero en poco tiempo, como en el extranjero la vida es tan distinta...

—Se echará mucho de menos a nuestra patria —interrumpió José Luis.

—No me refería a eso precisamente —dijo Raimundo un tanto molesto por esta interrupción— sino por la facilidad que existe para triunfar.

José Luis le interrumpió nuevamente:

—Perdona, Raimundo, que te interrumpa. Pero es que no te he ofrecido nada, es ya la hora de comer y seguramente te apetecerá unas enchiladas con su salita de «gusanos» (1).

—Gracias, no tengo apetito en este momento —rehusó Raimundo—. Preferiría beber algo.

—¡Chen! —ordenó José Luis al mexicanito, que desde que había visto a Raimundo se había quedado mudo y con ojos de extraterrestre no hacía más que estudiar la ropa y los modales de su antiguo paisano—. Tráete unas copitas de tequila para los tres.

—Detesto el tequila —dijo Raimundo—. Tráete una botella de «whisky».

A José Luis le llegaron al corazón las palabras de Raimundo. No había la menor duda que los del mariachi tenían razón: su antiguo paisano se había convertido en un renegado. Esta consideración le hizo sentir un gran desprecio por él y le obligó a decirle:

—Lo siento, Raimundo, no te podemos complacer. A nosotros, los mexicanos, nos hacen daño esas bebidas extranjeras —hizo una pausa y se puso en pie—. Creí que estaban equivocados cuando dijeron que eras un renegado, pero ahora veo que es verdad. ¡Ya te estás largando de aquí! ¡Me apesta tu presencia!

Las últimas palabras de José Luis fueron dichas escalofriantemente. Raimundo había visto cómo sus puños se contraían mientras las decía y sintió miedo, no obstante tuvo la suficiente serenidad para mirarle con aire de superioridad, dar media vuelta y marcharse. Nada más alejarse unos pasos de la alfarería oyó la voz de Chon que le gritaba desde la puerta:

—¡Oye tú, aristócrata! ¡A ver cuando me devuelves los cinco pesos que te presté!

(1). Típico plato popular mexicano.

Raimundo contrajo los labios de ira; era cierto que Chon le prestó esa insignificante cantidad pero eso no le importaba; lo que le había molestado era el tono despectivo con que se lo acababa de recordar. Pero no fué ésa solamente la bilis que le tocó tragar, al dar unos pasos más tropezó de nuevo con el mariachi, que había tenido la humorada de aguardar a que saliera, y tuvo que oír rabioso el estribillo de la odiada canción, cantada a coro:

Rastacielos que se pierden en el cielo
los que tiene Nueva York,
las mulatas de la Habana tienen eso,
tienen eso que es amor.
Buenos Aires en progreso es el primero,
Río Janeiro orgullo es,

pero México es mi patria y yo la quiero.
Hablado.—¿Por qué? Vaya, vamos claro, hombre.
Como México no hay dos,

Cuando José Luis se disponía a ir a su casa a comer, recibió una inesperada visita. La linda cantante que el día anterior le pidió que le ayudase a conseguir el primer puesto en la Feria, venía a verlo. José Luis la recibió con toda amabilidad y después de saludarla le preguntó la causa de la visita.

—Creí—dijo—que después de la negativa de ayer me guardaría rencor y que no quería nada conmigo.

—Todo lo contrario —repuso la cantante—, un hombre con esa entereza merece que se le quiera.

José Luis se quedó estupefacto; no se esperaba esas palabras tan halagadoras. Quedó desde ese momento preso en el hechizo de la mirada de la cantante y rendido, aceptó la invitación que ésta le hizo para que fuesen a comer juntos.

—Podemos ir al «Restaurante Tehuano» —dijo la cantante.

—¿No está demasiado lejos? —inquirió José Luis.

—Ni que tuviera usted quien le regañase.

Estas palabras hicieron a José Luis acordarse de Carmelita,

quiso rehusar la invitación, pero el miedo de aparecer ante la simpática cantante como un timorato le hizo decir:

—¡Vamos a él! —y justificando su vacilación anterior añadió en guasa—. Es que tenía miedo a perderme, pero ya que voy tan bien acompañado...

En el preciso instante en que se disponían a abandonar la alfarería salió de su habitación Carmelita y los vio a los dos juntos.

Por mucho cariño que le tuviese, ya era más de lo que con decoro podía soportar. Estaba dispuesta a terminar de una vez y para siempre con los desaires de José Luis, y ninguna forma mejor para ello —pensó— que pagarle con la misma moneda. Si él la dejaba plantada por irse con otra, ella haría lo mismo. No faltaban hombres que la cortejasen y le bastaba elegir a cualquiera de ellos. ¡Entonces sí que sabría José Luis de las llagas de los celos! ¡Entonces sí que se daría cuenta de lo que la había hecho sufrir con sus desaires! Recordó que Raimundo le había pedido relaciones aquella misma mañana. No lo pensó más y se fué en busca de su padre.

Le halló en su mesa de trabajo despachando varios asuntos. Era don Anselmo un gran amante de su hija y al verla tan excitada se inquietó, pues comprendió que algo malo le sucedía.

—¿Qué te pasa?—le preguntó inquieto.

—Vengo a pedirle permiso —dijo resuelta Carmelita— para que Raimundo pueda platicar conmigo.

—¡Te has vuelto loca! —exclamó don Anselmo—. ¿Cómo has podido pensar semejante disparate?

—Otra vez José Luis se ha reído de mí —explicó Carmelita—. Con mis propios ojos le he visto como se marchaba con la cantante de ayer, ¡No estoy dispuesta a sufrir más por su causa! ¡No quiero que la gente se ría de mí!

—Carmelita —dijo reflexivo don Anselmo—. Has meditado bien el paso que vas a dar. Piensa que luego podrías arrepentirte.

—No, no me arrepentiré. Quiero vengarme de él, quiero que sepa lo que he sufrido yo.

—Carmelita —insistió nuevamente con seriedad don An-

selmo— no es el amor el que te guía a Raimundo, es el espíritu de venganza y eso no te dará la felicidad. Mira, si tu quieres, vendo la alfarería; podemos irnos lejos de aquí, donde puedas olvidarte de José Luis y de tus sufrimientos...

—No, papá —dijo con terquedad Carmelita— quiero que mi venganza se realice aquí y que todos los que le han visto como se burlaba de mí, vean que de mí no se ríe nadie.

—Está bien —cortó don Anselmo— si es ese tu deseo, te autorizo a que seas novia de Raimundo. ¡Dios quiera que nunca tengas que arrepentirte!

* * *

Ya bastante tarde llegó José Luis a la alfarería. Chon le abrió la puerta y le miró con cara de conmiseración; estaba enterado de la decisión de Carmelita y comprendía que su compañero merecía la venganza de la muchacha.

—¿No se habrá enterado, verdad? —preguntó José Luis un tanto «mosca» por la cara de Chon.

—¡Qué se va a enterar! —repuso con ironía el mexicanito—. ¡Como haces las cosas tan a lo caillandito!

Comprendió José Luis por el tono de voz de Chon, que su novia se había enterado y decidió, como ya otras muchas veces había hecho, ir a pedirle perdón. Se dirigió a la habitación de la muchacha en donde imaginó que seguramente estaría.

—¡Carmelita, Carmelita! —llamó mientras golpeaba la puerta con los nudillos.

Oyó ruido de pasos y cuando creía que su novia le iba a abrir la puerta, escuchó su voz que entristecida le decía:

—Es inútil, José Luis. No insistas. Hemos terminado.

Tuvo intención de suplicar, pero no lo hizo. Pensó que cuando al día siguiente le diera explicaciones, como otras muchas veces había sucedido, ella le perdonaría.

Se disponía a salir a la calle cuando se encontró con don An-

selmo. Había algo en la mirada del padre de Carmelita que hizo temblar a José Luis. Antes de que pudiera decir nada, don Anselmo le dirigió la palabra en un tono que indicaba lástima y compasión.

—No creí que fueses tan tonto, José Luis —dijo—. Acabas de perder el cariño de una buena mujer. Ya nunca más querrá volver a saber nada de ti.

—Don Anselmo —balbució José Luis— espero que sebrá perdonarme... cuando yo le explique...

—Me temo, José Luis, que ya no puedas explicarle nada. Desde hoy, Carmelita ha dejado de ser tu novia para convertirse en la prometida de Raimundo.

Al oír estas palabras, José Luis sintió como si el suelo desapareciese y su cuerpo cayese en un abismo. Pero en seguida reaccionó, sus puños se contrajeron y su mirada denotó la ira.

—Antes de que eso sea verdad —bramó— estoy dispuesto a matar a ese renegado. Comprendo que Carmelita haya dejado de quererme, que bien merecido me lo tengo. Pero que sea novia de ese cretino, de ese sinvergüenza, ¡no lo puedo consentir!

Dió media vuelta y como una exhalación salió de la alfarería, dispuesto a liarse a golpes con Raimundo; pero nada más cruzar la puerta oyó la voz de su madre que imperiosa le dijo:

—¿Dónde vas, José Luis?

Se volvió su hijo y contempló a su viejecita unos segundos antes de responderle, al fin:

—Voy a solventar un asunto, en seguida iré por casa.

—Ven ahora mismo —ordenó doña Clarita.

—Espera...

—Ven, te he dicho.

Ni la actitud ni el tono de voz de doña Clarita admitían réplica alguna. José Luis obedeció y siguió a su madre hasta su casa.

Dura, pero justa, fué la amonestación que doña Clarita hizo a su hijo, ya que había sido enterada por don Anselmo de la decisión de Carmelita, y considerando inexcusable el comportamiento de José Luis, había decidido castigarle. Mientras sus palabras

hacían inclinar de vergüenza la cabeza de su hijo, preparaba la maleta que éste tenía que llevar en su viaje, pues decidió que debería marcharse de San Luis de las Flores.

—El pan ajeno, hace al hijo bueno —le había dicho—. Y aunque mucho me duela esta decisión, quiero que te marches, te vayas lejos y te ganes la vida honradamente. Llévas como tu único compañero al trabajo y recuerda siempre las enseñanzas de tu madre.

Después, había cogido el dinero que José Luis ganara en la Feria y se lo había dado. Por último, su mano trazó una cruz en el aire y le despidió con su bendición.

LEJOS DE LA PATRIA

Con el alma asietada, José Luis estaba delante de su «Villa»; Chon lo acompañaba y le ayudaba a poner a punto el anticuado automóvil en el que había decidido emprender su viaje.

Con sanchescas razones Chon no hacía más que mascullar:

—Tanto va el cántaro al pozo, que al fin se queda dentro de él. Y así te ha pasado a ti.

—¡Maldita sea! —refunfuñaba José Luis—. Todas las mujeres son iguales: dicen que te quieren, dicen que te adoran... y ¡ya lo ves!, se van con el primer renegado que encuentran.

—Oye, José Luis —le interrumpió Chon—. ¿Dónde piensas ir?

—¡Yo qué sé! —le contestó malhumorado—. A cualquier parte, con tal de que sea lejos.

—¿Por qué no vas a los Estados Unidos?

—¿Qué hacer allí?

—Changuear, «manox». Ahorita mismo vas y vuelves rico y casado con una changuita. ¿Qué te parece?

Las palabras de Chon hicieron meditar a José Luis. No estaba mal la idea: volver rico y casado. Esa sería una buena venganza y nadie podría reírse de él. Sí —decidió— lo haría.

—Gracias por tu idea, Chon —le dijo—. Así es que apúrate y pon en marcha el motor que «pa» pronto se me hace tarde.

Chon obedeció, cogió la manivela de la puesta en marcha y, a las pocas vueltas, el motor empezó a trepidar con un intermitente ruido. José Luis se vió precisado a gritar para que su amigo le oyese.

—Bueno, Chon —dijo—. Gracias por venir a despedirme. ¡Adiós!

—No te despidas, José Luis —le contestó Chon— que me marchó contigo.

—¿Qué dices?

—Que no quiero quedarme a ver el casorio de Carmelita con ese renegado y que yo no abandone a un buen amigo como tú.

—Está bueno, Chon. Sube a la «Vilmax» que hay sitio para los dos.

Y a partir de ese momento comenzó para los mexicanos un largo viaje que no cesaría hasta que ambos pisaran la tierra del Estado de California.

El dinero que llevaban duró bastante manos de lo que pensaron. Entre reparaciones y gasolina la «Vilmax» se tragó más de la mitad. Decidieron por tanto buscar trabajo, pero antes quisieron divertirse un poco.

Cuando pasaron por una de las principales calles de Los Angeles un anuncio luminoso llamó su atención: «FOR MEN ONLY», decía. José Luis con ayuda de un pequeño diccionario, tradujo su significado: «SOLO PARA HOMBRES», y suponiendo que se trataba de un «dancing», entraron rebosantes de alegría.

Difícil fué para ellos dar crédito a lo que vieron cuando penetraron en su interior. En lugar de una animada pista de baile rodeada de mesas y de público bullicioso, había unas lujosas estanterías y unos cuantos maniqués luciendo elegantes trajes: se trataba de una tienda de modas masculinas.

—Ay, José Luis —se lamentó Chon— vaya patraña la del cartelito!

—No —tuvo que reconocer José Luis— el cartelito decía

la verdad: «SOLO PARA HOMBRES», y sólo hombres es lo que hay aquí: corbatas, camisas, sombreros...

—Pues vámonos, que nada tenemos que hacer aquí —dijo Chon haciendo ademán de marcharse.

—¡Quieto! —ordenó José Luis—. No te vayas que si no nos van a tomar por rancheros.

—Y qué es lo que «semos» —dijo Chon— sino rancheros.

Un dependiente se acercó en ese momento para atenderles y con tanta conciencia lo hizo que cuando ambos salieron del establecimiento apenas si tenían bastante con los dos brazos para sujetar tantos paquetes. Entre los dos no tenían ya ni siquiera para una comida. Decidieron tomar una resolución rápida, pues pensaron que tal vez tardarían en encontrar trabajo y mientras tanto tenían que vivir. La «Vilma» ya no la necesitaban —pensó José Luis— y tal vez por ella dieran unos cuantos dólares, así es que decidió venderla, pero como no supiera donde dirigirse, aprovechó que en aquel momento pasaba un hombre con pinta de mexicano y le preguntó:

—Oiga «paisa», podría usted decirme donde se puede vender este cacharro.

El desconocido le miró de arriba a bajo, después con acento duro le dijo en inglés:

—A stupid fellow! (1).

Y dicho esto se alejó murmurando entre dientes palabras incomprensibles para Chon y José Luis.

—¡Quién lo diría! —comentó José Luis—. Mira que no saber hablar el castellano, ¡si hasta tiene pinta de saber hablar el chapoteco!

Y José Luis decía la verdad, el rostro de aquel hombre no dejaba lugar a dudas respecto a su nacionalidad. Tez morena, anchos pómulos y grandes mostachos. Se trataba, claro está, de un mexicano auténtico que, como otros muchos, trabajaría de

(1) [Pedazo de atún! (En inglés en el original)].



— Andale, Jose Lina, que
para luego es tarde



— (Como Mexicanos)
dori



Tito Guizar, protagonis-
ta de COMO MÉJICO NO
HAY DOS.



— ...Porque dijiste que
me quisiste...



Chan era un guajero sim-
pático y bullanguero.



Raimundo se daba constantemente a Carmelita.



— El rey de la feria era José Luis Morales.



Miss Jackson contempló
con admiración a la feliz pa-
reja.



José Luis Morales se en-
tregaba conscientemente
a su trabajo.



— Así es el mundo, José
María



Don Alfredo lo contem-
pló regocijado.



— ¡No me digas, hombre.



— No lo tomes tan a pecho, Carmelita.



—¡Choca esos cinco,
Raimundo!



—Hece días que esta
guitarra suena muy triste.

colono en California, pero que oliéndose que sus dos compatriotas trataban de pedirle un favor había preferido escurrir el bulto. Así se lo dijo Chon a José Luis.

—Debe ser otro renegado, como Raimundo. De los que a los tres días de marcharse de México se les olvida nuestro idioma. ¡Malditos sean!

Pero no todos los mexicanos que vivían en el extranjero debían ser iguales, porque al poco rato pasó ante ellos otro compatriota que sin esperar a ser requerido se ofreció a ellos.

—¿Son ustedes mexicanos? —les preguntó.

—Sí, lo somos—repuso José Luis.

—Lo noté nada más verlos —dijo, y añadió presentándose—. Me llamo Pancho y hace mucho tiempo que falto de mi patria. ¿puedo servirles en algo?

Era el tal Pancho un individuo de unos cincuenta años. Pelo blanco y cara de bueno. No desmentían sus hechos la expresión de su rostro y, como acabamos de ver, era de una cortesía abrumadora. Trabajaba desde hacía muchos años como colono en unas plantaciones, propiedad de miss Gloria Jaksón.

JAKSSON

—¡Ya lo creo! —respondió José Luis a la pregunta de Pancho—. ¿Podría decimos dónde nos comprarían nuestro coche?

Miró Pancho a la «Vilma» con cara de duda y dijo:

—Me temo que no les ofrezcan nada por ella, a no ser que la vendan como hierro viejo, y aun así pocos dólares les darán.

—¡Qué contrariedad! —se lamentó José Luis—. Estamos sin dinero y hasta que encontremos trabajo...

—¡Ah! —exclamó Pancho—. ¿Pero es eso lo que ustedes quieren?

—¡Claro! —respondieron a coro Chón y José Luis.

—Es que, viéndoles tan bien vestidos, no me lo había figurado —dijo Pancho—. Pero si lo necesitan, tal vez les admitan en las plantaciones donde yo trabajo.

—¿Y cuándo podemos ir? —preguntó José Luis.

—Ahora mismo si quieren —respondió Pancho.

—¡Pues vamos allá!

Y subiendo en el coche se dirigieron los tres hacia las plantaciones de miss Gloria Jaksson. Por el camino les explicó que miss Gloria, aunque americana, se había educado de pequeña en

México y que por ello hablaba el castellano y era además una gran amante del pueblo mexicano. Les dijo también que casi todos los que trabajaban en las plantaciones eran mexicanos y que serían con toda seguridad bien recibidos por ellos.

—Tan sólo —advirtió— deberéis guardaros del capataz. Es un mal sujeto y nos trata a patadas. Sólo conmigo tiene cierta consideración debido a mis años y al tiempo que hace que trabajo en las plantaciones. Ocupé su puesto desde que el antiguo capataz le robó las alhajas a miss Gloria y se fugó con ellas. No me atrevería a decir yo —terminó— que éste sea más honrado que el otro.

José Luis y Chon agradecieron a Pancho sus confidencias. Gracias a ellas no se enfrentarían con cosas desconocidas.

Así, pues, llegaron los tres a las plantaciones y como encontraron al administrador hablando con miss Gloria, tuvo que esperar Pancho que terminasen para pedir empleo para Chon y José Luis. Mientras esperaban, oyó que miss Gloria se quejaba al administrador de incomprensibles pérdidas en el negocio.

—No me explico —decía miss Jaksson con un ligero acento inglés en sus palabras— cómo perdemos. Las lluvias han favorecido a la cosecha, hemos necesitado más trabajadores que otros años para la recolección y las ganancias han sido menores.

—Sí, miss Jaksson —respondió el administrador— Yo más que nadie, por la responsabilidad que ante usted tengo, quisiera saber a que son debidas estas pérdidas. No quiero pensar que se deban a falta de honradez por parte de alguien, pero me temo que así sea.

—Bueno —terminó miss Gloria— sea como sea, espero que todo se aclare antes de que la ruina sea inevitable.

Y después de decir estas palabras se despidió del administrador. Pancho, que había estado aguardando ese momento, se acercó a él y le dijo:

—Jonhy, aquí traigo dos paisanos que buscan trabajo. ¿Se pueden quedar?

—Sí —respondió el administrador— Hay trabajo para ellos.

—Gracias, Jonhy —dijo Pancho, y volviéndose hacia José Luis y Chon les comunicó su admisión.

Al día siguiente, de madrugada, ambos empuñaron la hazada y comenzaron su trabajo. Pancho, ya buen amigo de los dos, se colocó junto a ellos y de cuando en cuando les dirigía unas palabras.

—¿Quién es ese que habla con el capataz? —le preguntó José Luis.

—Un rico hacendado de esta región, que quiere comprarle las plantaciones a miss Jaksson —repuso Pancho.

A José Luis le «mosqueó» la noticia.

—¿Por qué andar por la vereda —dijo—, habiendo camino real? No sería más fácil que se entendiera directamente con miss Gloria.

—Cállate, José Luis —aconsejó Pancho— y no le busques tres pias al gato. Ya te advertí que el capataz es hombre de cuidado y si te oye puede darte un disgusto.

Hasta aquí llegaron las palabras, pero José Luis con su imaginación llegó mucho más lejos. Pancho le había contado lo que oyerá decir a miss Jaksson de las pérdidas inexplicables que la explotación de las plantaciones ocasionaba y ahora, viendo la extraña conducta del capataz, no dudaba de que había falta de honradez en los trabajadores. Decidió averiguar qué misterio era el que se escondía tras las relaciones del capataz y el hombre que pretendía comprar las plantaciones. No obstante, se propuso obrar por su propia cuenta y no decir nada a nadie.

Aquella noche, después del agotador trabajo de la jornada, los trabajadores se reunieron en el amplio patio que formaba sus viviendas y, añorantes de su tierra, cantaron unas cuantas coplas. Chon debió correr la voz de que José Luis era un extraordinario cantante, porque Pancho, en nombre de todos los compañeros, le rogó que cantase.

José Luis no se hizo suplicar y, ante la expectación de todos, comenzó a cantar con gran sentimiento y sin poder evitar el acordarse de Carmelita.

MENTIRA

Sé que dijiste
que me quisiste,
mas tu abandono
yo te perdono
de corazón.
Mentira, mentira.
Sé que es mentira
lo que dijiste
sentir por mí.
Mentira, mentira.
Sé que es mentira
que me quisiste
con frenesí.
Tu boca en mi boca,
mientras besabas
me traicionabas
sin compasión.
Mentira, mentira.
Sé que me engañaste
y destrozaste
mi corazón.

Todos quedaron admirados de la voz de José Luis; hubieran querido rogarle que cantara nuevamente, pero la voz del capataz, que sonó en aquel momento como un trallazo, lo impidió:

—¡A dormir! ¡Vayan todos a dormir!

A José Luis le dieron deseos de propinar un par de puñetazos a aquel prepotente. ¿Quién era él para controlar las horas libres de los trabajadores? Por fortuna, Pancho, que estaba a su lado, le contuvo.

—¡Quieto, José Luis! ¡No hagas locuras! Es él quien manda.

José Luis se detuvo, pero sus nervios no se calmaron. Como todos los trabajadores, se dirigió a las viviendas para retirarse a

descansar, mas nervioso e inquieto como estaba, no pudo conciliar el sueño. Cogió la manta y echándosela por los hombros salió de nuevo al patio esperando que la tranquilidad de la noche serenase su espíritu.

Se hallaba absorto pensando en Carmelita por la que sentía un enorme cariño y a la que no conseguía olvidar, cuando el ruido de un camión llamó su atención. Se puso alerta y localizó el ruido del motor ¿Qué haría allí? —pensó—. Todos estaban acostados y no se explicaba la causa de la presencia de un camión con el motor en marcha cerca del almacén. Resolvió averiguarlo, y con pasos sigilosos, procurando no ser visto, se acercó a él.

Lo que allí descubrió le dejó estupefacto. Desde uno de los depósitos de fruta, el capataz hacía señas con una linterna a los conductores del vehículo. Estos, después de contestar con el mismo sistema, pusieron el camión bajo el depósito y acto seguido, comenzó a caer sobre él una verdadera lluvia de frutos.

Ya no necesitaba José Luis buscar la explicación de las pérdidas que experimentaba miss Jackson, pues ya toda explicación sobraba. Movido por su espíritu justiciero corrió en dirección al almacén dispuesto a impedir que continuase el robo que el capataz estaba realizando, pero no llegó a tiempo para evitar que el camión emprendiera la marcha con los frutos robados, aunque sí para coger al capataz que aun no había abandonado el depósito.

—¡Ladrón! —le insultó cuando estuvo frente a él.

El capataz se sorprendió enormemente cuando vio que había sido descubierto, pero en seguida reaccionó y sacó una pistola del bolsillo. Mal lo hubiera pasado José Luis si en aquel momento no hubiera surgido una sombra de la obscuridad que, abalanzándose sobre el capataz, le hubiese arrebatado el arma.

—¡Quieto ahí, no se mueva! —dijo la sombra amenazando al capataz con su propia pistola.

Reconoció José Luis en la voz a su fiel compañero Chon y tuvo deseos de abrazarle: le había salvado la vida.

Viéndose irremisiblemente perdido, el capataz suplicó:

—Pídanme lo que quieran, pero, por favor, no me entreguen a la policía...

—Lo siento, amigo —dijo José Luis inflexible— pero aquí sólo trabajamos mexicanos y por uno pierden todos. Así es que vamos, ¡adelante! que tiene usted que explicarle a miss Jakszon muchas cosas.

Aun se resistió el capataz, pero una nueva amenaza de Chon le hizo obedecer la orden de José Luis.

LA HONRADEZ DE JOSÉ LUIS

El capataz, de resultas de su vergonzoso proceder, ingresó en la cárcel y miss Gloria Jaksson dejó en libertad a los trabajadores para que eligiesen uno nuevo. José Luis, por su comportamiento y su carácter, era ya popular entre sus compañeros y, cuando uno de ellos le propuso para que desempeñara el cargo, todos acogieron la sugerencia con visibles muestras de simpatía.

—Gracias, muchachos —dijo José Luis a sus paisanos—. Pero vamos a demostrar que a los mexicanos no nos tienen que vigilar para que trabajemos. Que sabemos cumplir con nuestro deber sin que nadie nos lo enseñe. Así es que, sin necesidad de capataz, vamos a darle duro a la hazada para sacar buena cosecha. ¡Hay que dejar bien alto nuestro pabellón!

—¡Muy bien, José Luis! ¡Así se habla! —exclamaron a una los colonos.

Pancho, emocionado por las palabras de su paisano, le tendió la mano y le dijo:

—Gracias, paísa. Para los que trabajamos lejos de nuestra tierra son hombres como tú los que necesitamos.

En aquel instante le dieron a José Luis el recado de que miss Jaksson deseaba verlo. Este aviso lo turbó un poco, se imaginaba

que sería para darle las gracias y, como hombre llano que era, le molestaban los cumplidos.

Como viera que se resistía a ir, Pancho le convenció y le acompañó a la suntuosa residencia de miss Gloria, que salió personalmente a recibirles.

—Trabajo me costó —dijo Pancho después que se hubieron cambiado los saludos de rigor— convencerle para que viniera. Pero aquí lo tiene usted —dijo señalando a José Luis que, sombrero en mano y actitud respetuosa, permanecía callado junto a la puerta—. Yo, con su permiso —añadió—, me retiro.

—Bien, Pancho —le contestó miss Gloria—. Muchas gracias.

El trabajador se retiró y quedaron solos en el magnífico «hall» José Luis y miss Gloria. El lujo del mobiliario —todo estilo moderno— y la elegancia de los motivos ornamentales, hicieron que José Luis, un tanto turbado, quedara parado en la puerta sin atreverse a entrar.

Aparte de esto cohibía a José Luis la presencia de miss Jaksson con su juventud y belleza, encajadas admirablemente en el marco de su elegancia. Vestía un sencillo modelo, que no por sencillo había resultado barato, pues llevaba la firma de uno de los más afamados modistos de los Angeles, que realzaba aun más su belleza. No se necesitaba ser un entendido en alhajas, para comprender que las perlas de su collar era auténticas y que los anillos a los que adornaban sus manos, costarían toda una fortuna. Por eso no es extraño que José Luis estuviera azorado en su presencia y que miss Jaksson tuviera que invitarle por dos veces a que pasara.

—Pase usted, haga el favor.

—Gracias, miss Jaksson —dijo José Luis obediente a la invitación.

—Le he mandado llamar —empezó miss Gloria cuando José Luis hubo entrado— para felicitarle por su comportamiento. Se portó usted como un valiente, y además me hizo a mí un gran favor.

—Me limité a cumplir con mi deber —contestó modesto José Luis, quien no daba ningún mérito a su propia hazaña.

—¿No cree —preguntó miss Gloria— que usted hizo algo más que cumplir con su deber? Arriesgó su vida.

—No, miss Gloria —insistió en su modestia José Luis—. No llegó a tanto mi comportamiento.

—Son ustedes muy valientes —dijo miss Gloria extendiendo su afirmación a todos los mexicanos—. Tengo una gran admiración por su pueblo.

—Gracias, miss Jaksson.

La dueña de las plantaciones se dirigió hacia un pequeño armario que había en la lujosa habitación y sacando de uno de sus cajones un sobre se lo tendió a José Luis, diciendo:

—Le ruego acepte esta pequeña gratificación como recompensa de su comportamiento.

Era excesiva la escrupulosidad de José Luis para aceptar el pago de una acción que él consideraba como un simple acto de servicio. Así es que, con palabras correctas, rechazó el sobre que miss Jaksson le ofrecía.

—Gracias, muchas gracias, pero me es imposible aceptar otro dinero que el que gané con mi trabajo.

—Lo que ha hecho usted —insistió miss Gloria— es como un trabajo y como tal se lo quiero pagar.

José Luis rehusó nuevamente la gratificación y dijo:

—No quisiera que se ofendiera con mi negativa, miss Jaksson, pero es que me considero sobradamente pagado con su agradecimiento.

El tono de voz con que José Luis dijera estas palabras, admiró extraordinariamente a miss Jaksson; había tal corrección en ellas que sonaban extrañas en los labios de un trabajador.

—Perdóneme—dijo miss Gloria azorada ante la insospechada corrección de su obrero— pero es que son ustedes tan distintos que nunca se sabe como tratarlos. Espero que no le habrá ofendido mi ofrecimiento.

—Todo lo contrario, miss Jaksson, lo aprecio en todo su valor.

A miss Gloria le parecía increíble estar hablando con un trabajador, más bien creía estar tratando con un hombre de tan es-

merada educación como la suya y por ello le pidió que suprimiera el tratamiento de «miss» cuando hablara con ella.

—Le ruego que no me llame «miss Jakszon», llámeme simplemente Gloria.

—No —le contestó José Luis—. Usted es mi patrona y yo solamente soy un trabajador.

—En adelante será también amigo mío —dijo miss Gloria tendiéndole la mano en señal de amistad.

José Luis se despidió y salió de la residencia. Fuera, en la puerta, Chon le esperaba impaciente.

—¿Qué te dijo, mano?

—Nada —respondió José Luis—. Me ofreció dinero.

—¿Cuánto? —preguntó Chon con la alegría retratada en el semblante.

—No lo sé, me lo ofreció en un sobre.

—Pues apúrate, José Luis, ábrelo y cuéntalo.

—¿Pero qué dices? ¡Si yo no lo he aceptado!

La desilusión se dibujó en la cara del simpático mexicanito.

—¡Ay, José Luis! ¿Qué has hecho? —dijo quejumbroso—. ¡Así nunca vamos a salir de pobres!

FIESTA MEXICANA

Miss Gloria tuvo ocasión de demostrar a José Luis que su ofrecimiento de amistad no había sido pura palabrería, y buena prueba de ello era el cambio que había hecho sufrir a su residencia en honor a él y a México. Todos los muebles modernos que antes tenía los hizo cambiar por otros de estilo típico mexicano. Sillas de junco trenzado, mesas de líneas sencillas y presidiendo el «hall» colocó una Virgen de Guadalupe.

Hizo un verdadero esfuerzo para que todo estuviera terminado para el día 15 del mes de septiembre, pues en esta fecha conmemoran los mexicanos la fiesta de su independencia y quería ofrecer a José Luis como regalo esa muestra de su cariño hacia su patria, cosa que sabía que a un verdadero corazón mexicano no dejaría de emocionar.

El día de la víspera de la fiesta de la Independencia, aun quedaban los últimos toques para terminar su obra y Jonhy, el administrador, le ayudaba en ellos.

—Dios quiera —dijo Jonhy mientras colocaba un jarrón sobre una de las mesas— que sepa éste agradecerle lo que hace por él y que no se lo pague como hizo el capataz.

—Ese —repuso miss Jaksson— ya ha sufrido su castigo por indigno comportamiento.

—No, no me referia al que está preso, sino al otro, al que huyó con sus joyas.

—No debiera usted comparar a José Luis con esos ladrones. José Luis —dijo sin poder evitar un brillo en sus ojos— es todo un caballero y todo cuanto haga por él estoy segura que sabrá agradecermelo.

—Así sea —dijo Jonhy.

Continuaron arreglando la casa y, cuando hubieron terminado, miss Jaksson pidió a su administrador que le informase sobre la marcha de los preparativos para la conmemoración de la Fiesta de la Independencia.

—En este momento —respondió— se está adornando el patio con banderas y colgaduras. Los mismos obreros se están encargando de los preparativos y puedo anticiparle que la fiesta será inolvidable.

—¿La instalación de altavoces —preguntó miss Jaksson— ha sido concluida ya?

—Falta poco y pronto quedarán terminadas. Los técnicos también trabajan para instalar la gravadora de discos.

—Está bien —dijo miss Jaksson—. Pero recuerden bien que de esto nada tiene que saber José Luis. ¿Entendido?

—Sí, miss Jaksson. ¿Desea alguna cosa más?

—Sí, haga el favor de decirle a José Luis que venga. Quiero darle ya la sorpresa.

—Está bien, miss Gloria —dijo el administrador marchándose para cumplir la orden.

Miss Jaksson, en el tiempo que llevaba José Luis trabajando a sus órdenes, le había oído cantar varias veces y, como era natural, había quedado prendada de su incomparable voz. Se preguntó como era posible que una persona que poseyera una voz tan magnífica, pudiera permanecer ignorada trabajando de simple colono en unas plantaciones, y por ello había concebido la idea de hacerle famoso y rico merced a una estratagema que ya tenía preparada. Mientras él cantaba durante la fiesta que había

organizado, un grupo de técnicos que ella ya tenía contratados, gravaría en discos las canciones de José Luis; después, una vez obtenidos estos discos, era su intención difundirlos por toda América y, cuando gracias a esto tuviera ya amasada una considerable fortuna, se la ofrecería a José Luis en pago de la hazaña que hiciera en los primeros días de su vida de trabajador en las plantaciones, al descubrir el robo del capataz.

Miss Jaksson estaba segura de que todo saldría a la medida de sus deseos y se sentía impaciente por verlos realizados. Sentía una extraordinaria simpatía por José Luis y deseaba alegrarle y complacerle en todo cuanto le fuera posible.

Jonhy, conforme le habían ordenado, avisó a José Luis y éste, ya sin ese embarazo de los primeros días, se dirigió presuroso a la residencia de miss Jaksson para ver lo que deseaba de él.

Nada más cruzar la puerta de entrada, después de haber pedido cortésmente permiso desde fuera, le hizo la sensación de que se había equivocado e, instintivamente, hizo ademán de retirarse. Miss Jaksson que observó su titubeo, le invitó para que pasara.

—Pase usted, José Luis —y observando que el muchacho no cesaba de mirar con curiosidad y extrañeza a todos los rincones le preguntó—. ¿Qué le parece?

Cuando José Luis salió de su asombro pudo responder:

—Me parece un rinconcito de mi patria.

—Pues sepa, José Luis, que es por el cariño que le tengo a México por lo que he realizado esta transformación.

—Gracias, miss Jaksson, muchas gracias. No sabe usted qué satisfacción es para nosotros que un extranjero le tenga cariño a nuestro país.

No me llame extranjera —dijo miss Gloria con la más dulce de sus sonrisas— que pese a mi acento inglés, me considero tan mexicana como ustedes.

José Luis estaba turbado, y es que tanto los hechos como las palabras de miss Jaksson eran tan sumamente afectuosas para con su patria que serían suficientes para abrumar a cualquiera, pero de lo que aun no se había dado cuenta era de que en el efecto que

sentía por México existía un mucho de cariño hacia él, pues el dardo del amor había traspasado su corazón y empezaba a sentirse enamorada de él. Mas aun le estaba reservada otra sorpresa que le haría quedar más agradecido hacia miss Jaksón de lo que ya lo estaba.

—Venga, José Luis —dijo miss Gloria, con cierta entonación misteriosa en sus palabras— tengo preparada para usted una sorpresa.

Y diciendo estas palabras se dirigió hacia uno de los sofás que adornaban la habitación y, retirando un sarape que sobre él había, dejó al descubierto una reluciente guitarra de cuerdas tensas que penaban por vibrar, y que sólo con una mirada de José Luis parecieron estremecerse. Miss Gloria la cogió suavemente y se la ofreció, diciéndole con cálido acento:

—Tenga, acepte este regalo y proporcióneme la dicha de que pueda escucharle muchas veces.

José Luis, sin poder evitar cierto temblor en sus dedos, cogió entre sus manos el magnífico instrumento que miss Gloria le tendía.

—¡Qué linda! ¡Si hasta se puede tocar ópera en ella! —exclamó admirado.

—¿Ópera? —interrogó miss Gloria.

—Sí —asintió José Luis—. Escuche.

Y uniendo la acción a la palabra, sus ágiles dedos acariciaron las cuerdas de la guitarra y una música armoniosa brotó de ellas. Después, con «voce di primo cartello» entonó una estrofa de la ópera «Manon» del genial Massenet.

Miss Gloria escuchó extasiada la voz de José Luis, que como un dulce murmullo llegó hasta los que estaban preparando en el patio la Fiesta de la Independencia. Los encargados de la instalación de altavoces, que hacía pocos momentos acababan de concluir su tarea, quisieron probar si habían conseguido una perfecta claridad de sonido y provistos de un micrófono entraron en la habitación donde estaba cantando José Luis y se lo colocaron ante él.

La voz de José Luis amplificada por los altavoces, inundó

todos los rincones del patio y cuantos se hallaban en él pudieron oírle como un anticipo de lo que sería gracias a su presencia la Fiesta Mexicana.

Cuando José Luis terminó de cantar, el técnico retiró el micrófono y por él comunicó a sus compañeros el éxito de la prueba.

José Luis, que a pesar de llevar varios meses en los Estados Unidos no sabía una palabra de inglés, ya que siempre trataba con mexicanos, preguntó intrigado a miss Gloria qué era lo que el técnico había dicho.

—Dijo —respondió miss Gloria— que canta usted maravillosamente, y puede estar seguro de que no se ha equivocado.

—Es usted muy amable —dijo José Luis agradeciendo el cumplido.

Miss Jaksson contempló a José Luis, guitarra en mano, y exclamó:

—¡Ya sólo le falta el vestido de charro para que salgan más lindas sus canciones! Espero que lo llevará en la fiesta.

—¡Claro que sí! —contestó José Luis—. ¿Pero cómo voy a celebrar yo una fiesta tan grande sin ese traje, miss Jaksson?

Y así fué, José Luis cumplió su palabra y al día siguiente, durante la fiesta lució un precioso traje de charro.

Todos celebraron con gran entusiasmo la Fiesta de la Independencia, pues era un día muy grande para todos los mexicanos y más para los que se hallaban fuera de su país. Bullia en todos los corazones una inmensa alegría, y entre risas y recuerdos de la patria transcurría el día. Los cocineros, también mexicanos, prepararon los más suculentos platos típicos y todos pudieron saborear las enchiladas, los frejoles y el delicioso mole.

A última hora, cansados los pies de la danza y roncas las voces de cantar y gritar, se sentaron en derredor de José Luis para escuchar entusiasmados, por centésima vez en aquel día, su sin par voz.

Queda dicho que todos celebraron el día con la mayor alegría, pero sólo uno permaneció triste entre el contento, y solo entre la masa, ese uno fué José Luis; y es que aquel día le traía a la memoria muchos recuerdos de felicidad y dicha transcurri-

dos con Carmelita, cuyo amor había perdido para siempre pero a la que no podía apartar de su pensamiento. ¿Qué hará ahora? —se decía—. ¿Se habrá casado con Raimundo? Estos pensamientos y otros por el estilo le hacían sentirse traicionado; por ello, cuando le rogaron que cantara, eligió una canción en la que además de plasmarse su decepción amorosa, brotara como manantial de alegría la satisfacción de haber conocido el amor aunque este amor después se hubiera perdido, y así cantó:

¡QUE RECHULO ES EL AMOR!

Por no estar correspondido
traigo en el alma un dolor,
y por bravo no he podido,
¡ay, Dios!
ni llorar de sentimiento,
ni cantar lo que siento,
ni olvidar una traición.

¡Ay, Dios!
¡qué rechulo es
saber lo que es el amor!
Aunque sufra decepciones
y me paguen con traiciones,
¡qué rechulo es el amor!

Es por eso que yo aprecio,
que el amor cuando es sincero
no se paga a ningún precio,
ni se compra con dinero.

¡Ay, Dios!
¡qué rechulo es
saber lo que es el amor!
aunque sufra decepciones
y me paguen con traiciones
¡qué rechulo es el amor!

Esta canción, como todas las que aquel día cantara José Luis, además de ser premiada con densos aplausos, fué recogida sin que él lo supiera por la grabadora de discos, para que a los pocos días todo el mundo se recrease oyendo su incomparable voz, y todo ello gracias a la iniciativa de miss Jaksson que, con el corazón lleno de alegría, estaba disfrutando en la fiesta tanto o más que ningún otro. Se sentía, en medio de todos, como una joven madre rodeada de muchos hijos, y así era en efecto: el amor que miss Gloria sentía por sus trabajadores era en mucho un amor maternal, ya que por ellos velaba constantemente y por ellos hacía cuanto una madre pudiera hacer.

Otro de los que también disfrutó aquel día fué Chon, que con su extraordinaria simpatía cautivó el corazón de una graciosa americanita, con la que se lograba hacer entender con una mezcla de castellano e inglés que era capaz por sí sola de producir un ataque de risa al más crónico de los enfermos del hígado.

Terminada la fiesta, Pancho se acercó a miss Gloria y le dijo:

—Miss Gloria, ¿nos da permiso para que demos un viva a México?

—No —respondió ésta— ustedes no tiene que dar un viva a México, yo lo daré —y en voz alta gritó— ¡Eh, muchachos! ¡Viva México!

Al oír este grito José Luis se puso en pie y haciendo sonar su guitarra, cantó las notas vibrantes del himno de «La Bandera».

LA BANDERA

Viva, viva mi bandera,
mi bandera tricolor,
verde, blanca y roja
no hay en el mundo otra mejor.
Son los colores de la patria,
son los colores del honor;
no hay enseña tan hermosa
como tu bandera hermosa.

En la guerra es la primera
que a la lucha se lanza altenera.
En la paz es la mejor
enseña del trabajo y del valor...
Viva, viva mi bandera,
mi bandera tricolor,
verde blanca y roja
no hay en el mundo otra mejor.

Todos escucharon respetuosamente de pie y descubiertos el himno que José Luis cantara y cuando terminó éste entre vivas a México y muestras de general agrado, concluyó la fiesta.

* * *

Poco tiempo y poca propaganda necesitaron los discos de José Luis para hacerse populares. Rápidamente se fueron agotando y miss Gloria, que se encargaba personalmente de las cuentas, anotaba día tras día los considerables ingresos que la venta de discos le producía a José Luis.

Los periódicos de Méjico dieron cuenta del éxito que obtuvieron esos discos y con grandes titulares apareció en ellos la noticia. Algo añadía ésta que alegró en gran manera al renegado de Raimundo, pues con visible satisfacción y con el periódico bajo el brazo, fué a visitar a Carmelita.

La halló en aquel momento sola, triste como siempre y bordando un primoroso mantel.

—Buenos días, Carmelita —saludó Raimundo nada más entrar.

Carmelita respondió al saludo y preguntó el motivo de su visita, pues aunque tal vez esta pregunta sea la menos indicada para hacer a un prometido, ya que se supone que siempre acude atraído por el amor; lo cierto es que cuando éste no existe, esta pregunta tiene su fundamento, y en el caso que nos ocupa el amor no existía en ninguna de ambas partes, ya que Carmelita seguía fiel en el recuerdo a su primer amor, al que no había con-

seguido olvidar a pesar del tiempo transcurrido, y si aun seguía tolerando sus relaciones con Raimundo era por no dar su brazo a torcer y vengarse de los celos que le diera José Luis. Por otra parte, Raimundo buscaba en Carmelita la satisfacción de un deseo y no el de un amor, pues más tenían sus relaciones con la muchacha de capricho que de verdadero y auténtico cariño. Consideraba a la mujer como a un objeto de adorno más o menos bonito y si había buscado el amor de Carmelita fué porque era un «objeto muy bonito».

Cuando ésta le preguntó el motivo de su visita no se hizo esperar y desdoblando el periódico que llevaba bajo el brazo, dijo:

—Tal vez te interese saber una noticia que trae hoy el periódico, Carmelita; por eso me voy a permitir leértela —y añadió leyendo los grandes titulares que la anunciaban—. «Un mexicano que triunfa en el extranjero. Los discos del gran cantante José Luis Morales se agotan rápidamente».

Una sacudida agitó el alma de Carmelita cuando oyó pronunciar el nombre de su amado. Tuvo que repetirse varias veces en su interior las palabras que leyera Raimundo, pues le resultaba difícil creer que los periódicos se hubiesen ocupado de José Luis. Sintió un súbito temor: si su exnovio había triunfado en el extranjero, seguramente la habría olvidado, y este temor la hizo entristecerse, pero aumentó aun más su tristeza cuando Raimundo prosiguió:

—Pero esto es lo que menos importancia tiene. Te voy a leer el pie de una fotografía suya que aparece publicada. ¡Esto sí que tiene importancia! —y posando su vista sobre el diario, leyó—. «Aquí aparece José Luis Morales retratado con miss Gloria Jackson, dueña de unas importantes plantaciones, y con quien se asegura contraerá matrimonio» —se detuvo para estudiar el efecto que la noticia había producido en Carmelita y añadió—. Bien, ¿qué te parece?

—Ya nada me importa la vida de ese hombre —respondió, no sin delatar en su acento la insinceridad de sus palabras—. Si alguna vez le quise, ya lo he olvidado. Pero lo que me extraña es que seas tú quien venga a darme la noticia.

—Lo hago —contestó Raimundo— por una razón. Desde hace mucho vengo notando en ti cierto despegue hacia mí, como si hubiese alguien que se interpusiese entre nosotros. Supuse que se trataba de tu antiguo novio y por ello quise demostrarte que se había olvidado de ti. Así es que ahora, que según tu propia confesión no hay nadie que te separe de mí, me gustaría que fijásemos la fecha para nuestra boda. ¿Qué te pareció?

—Siento, Raimundo —repuso Carmelita— no poderte complacer en ese momento, pero quisiera que la fijásemos de acuerdo con mi padre, así que te ruego te marches ahora, que no está bien que estemos aquí solos, y que regreses cuando él esté. Adiós, Raimundo.

—De acuerdo, Carmelita —contestó—. "Adiós y hasta ahora —y añadió mientras se marchaba—. Venía con una gran preocupación, pero me marchó con una gran alegría. Ahora sé que me quieres de veras.

Y al decir estas palabras Raimundo no sabía lo mucho que se equivocaba.

El deseo de hallarse a solas para poder desahogar su pena, fué el que indujo a Carmelita a despedir a su prometido y no el pretexto que le dijera. Había sentido un gran pesar por la noticia que le había leído y, nada más marcharse Raimundo, cogió el periódico y con las lágrimas en los ojos lo rompió en mil pedazos, pues también él con sus noticias había deshecho en mil pedazos su corazón.

EL TRIUNFO DEL AMOR

Ya se acercaba el mes de abril y en él celebrarían los de San Luis de las Flores su Feria de la Canción. José Luis, a medida que el tiempo transcurría, sentía mayor tristeza por hallarse fuera de su patria. Otro tanto le sucedía a Chón, que no cesaba de contar el poco dinero que había conseguido reunir, con la esperanza de que un milagro lo hubiese multiplicado, y de esta manera poder regresar a su añorada patria.

Charlaban ambos cierta noche sentados en el borde de la fuente que adornaba el patio de las viviendas, y era su charla expresión de la nostalgia que por México sentían. Tampoco en esta conversación dejó Chón de mencionar el dinero que tenían.

—Son doscientos dólares los que tenemos —dijo a su compañero, preguntándole a continuación—. ¿Y cómo cuántos pesos dices que son?

—Como unos mil quinientos —repuso José Luis y añadió—. Menos de los que necesitamos para volver a nuestra tierra.

Y como si ya fuera inútil seguir hablando de ese sueño que ambos soñaban realizar, José Luis acarició las cuerdas de la guitarra que le regalara miss Jaksón — a la que nunca dejaba en sus ratos de ocio — y del instrumento brotaron notas tristes que

reflejaron la pena que le afligía. Hacia casi un año que saliera de su tierra con el propósito de regresar con los bolsillos llenos de dinero y casado con una changuita. Ahora, se conformaría tan solo con lo necesario para volver a su patria y poder dar a los de su pueblo el triunfo en la Feria de la Canción, por eso tenía motivos para estar triste.

Cruzaba en aquel momento cerca de ellos miss Gloria, quien al oír las notas de la guitarra de José Luis desvió sus pasos y se dirigió hacia él.

—Buenas noches —saludó.

José Luis, que no había notado su presencia hasta que les dirigió el saludo, se levantó respetuoso.

—Hace días —dijo miss Gloria, que se había percatado de la tristeza de José Luis— que esa guitarra suena muy triste. ¿Qué le sucede?

—Dentro de poco, miss Jaksson —explicó José Luis— se celebra en mi pueblo la Feria de la Canción y yo siempre he cantado en ella. Este será el primer año que falte; por eso no puedo evitar mi tristeza.

—Fácil remedio tiene eso —dijo miss Jaksson—. Márchese.

—Si tuviera dinero suficiente no lo dudaría un solo instante.

—¿Es tan sólo eso lo que necesita?

—Sí.

Miss Jaksson hizo una pequeña pausa y en tono de confesión le dijo:

—Veo, José Luis, que ha llegado la hora de revelarle un secreto. Venga conmigo.

Intrigado, José Luis siguió a miss Gloria en tanto que Chon quedaba boquiabierto, sin saber, como su compañero, cual era aquel misterioso secreto.

Sin dirigirle la palabra durante todo el camino, miss Gloria condujo a José Luis hasta su residencia; una vez en ella colocó uno de los discos impresionados por él en un «pick-up» y se lo hizo escuchar.

José Luis escuchó la canción y trató de adivinar quién era aquel cantante, pues la voz le resultaba familiar.

—¿Qué le parece —preguntó miss Gloria viendo la expresión de agrado con que José Luis escuchaba su propia voz sin reconocerla, ya que ignoraba que sus canciones se habían impresionado.

—Que ese chango —respondió José Luis— no canta mal.

—Pues sepa —dijo miss Gloria, segura del efecto que sus palabras producirían en su interlocutor— que ese «chango» es José Luis Morales.

—Qué raro —repuso José Luis sin darse cuenta de que acababan de pronunciar su propio nombre— no le he oído cantar nunca, José Luis Morales, me ha dicho? El caso es que ese nombre me suena... —y al decir esto su semblante se iluminó: había comprendido que miss Jaksson se refería a él, pero lo que no comprendía era cómo ese disco podía ser suyo si él no recordaba haber grabado ninguno—. No, no comprendo... —balbució—. No puede ser mi voz. Yo no he grabado ningún disco.

—Sí, José Luis —explicó miss Gloria—, y no uno, sino muchos. Claro es que lo hizo sin darse cuenta. Fue el día de la Fiesta de la Independencia y se grabaron por orden mía. Sepa, José Luis —añadió, dando una entonación lenta a sus palabras— que estos discos no sólo le han dado mucha fama, sino, y esto es lo más importante, le han producido tanto dinero que le permitirá hacer todos los viajes a México que quiera.

José Luis, después de oír estas palabras, creyó hallarse en el país de las hadas y temió que todo fuera un sueño. Para él no dejaba de ser una maravilla cuanto miss Gloria le había dicho. Mudo aun de la sorpresa, pudo ver como su bienhechora extraía de un armario un libro de cuentas.

—Tiene usted en este momento —le dijo después de haber abierto el librito— un saldo disponible a su favor de más de seis mil dólares. Aquí tiene las cuentas que yo misma me he encargado de llevar. Hubiera querido entregárselas un poco más tarde para que la cantidad fuese mayor, pero ya que la necesita no he querido retrasar un solo instante la alegría que supongo que esta sorpresa le habrá producido.

—Gracias, miss Jaksson, gracias —José Luis, ya recobrada el

habla de su emoción, no cesaba de repetir palabras de agradecimiento—. No sé cómo pagarle esto que ha hecho por mí.

—No necesita pagarme nada —respondió miss Gloria, y añadió empleando las mismas palabras que José Luis empleó para con ella en otra ocasión—. Me basta con su agradecimiento.

Pues en prueba de ese agradecimiento —dijo José Luis— me permito rogarle que me acompañe a San Luis de las Flores. Quiero que asista personalmente a la incomparable Feria de la Canción. ¿Le disgusta la idea, miss Jackson?

—Todo lo contrario —contestó miss Gloria a quien la idea de hacer un viaje acompañada del hombre de quien estaba enamorada, sedujo al instante—. Con usted iría al fin del mundo.

Y así, de esta manera, José Luis vio realizado el objetivo que se marcó cuando saliera de San Luis de las Flores: volver rico y acompañado de una changuita. ¡Menuda sorpresa que daría a sus paisanos! ¿Y a Carmolita? Si la fortuna le acompañara como hasta entonces —pensó— tal vez la encontraría esperándole con los brazos abiertos; pero no, no había de hacerse ilusiones, seguramente se habría casado ya con Raimundo y le habría olvidado. Menos mal que le acompañaba miss Gloria, de esa forma nadie se reiría de él, como tal vez se hubieran reído de haber regresado solo.

* * *

El desaliento cundía en el mariachi de San Luis de las Flores. Era el día del Certamen y durante todo el año no habían conseguido encontrar un cantante que pudiera substituir a José Luis Morales. No tenía, por tanto, ninguna esperanza de alcanzar el premio y el mismo locutor, que como todos los años transmitía la Feria de la Canción, así lo decía a los radioyentes:

—Todo transcurre como en años anteriores, sólo que esta vez no serán los de este pueblo los que se lleven el premio. Les falta la voz del incomparable José Luis Morales, que no ha podido ser sustituida por ninguna otra.

Alguien que oía estas palabras y que se llamaba don Anselmo no pudo evitar unas altadas exclamaciones. Estaba decidido a que José Luis cantara en aquella ocasión y había ideado una estrategia para conseguirlo. Colocaría un disco con la voz de José Luis en el control de la radio y mientras tanto un caradura cualquiera se subiría al tablado y con la boca pegada al micrófono simularía estar cantando. Claro está que eso no era legal, pero es que la voz de José Luis Morales pertenecía al pueblo de San Luis de las Flores y tampoco era legal que se hubiese organizado la Feria aquel año sin contar con su concurso. Este era el argumento que a sí mismo se hacía para no considerar del todo reproachable su conducta.

Así es que, llegado el momento de comenzar la actuación del mariachi de San Luis de las Flores, colocó el disco y, armoniosas, alegres, brotaron las notas de la canción que en la feria pasada diera el triunfo a José Luis.

Que bonita mujercita
y se llama Carmelita,
con sus ojos tan hermosos
y su boca chiquitita.
Caminando, va cantando
las plegarias de su amor,
nadie sabe si en su canto
hay plegarias de dolor.

Nada más oír esta canción, Carmelita comprendió que la voz que la cantaba no podía ser otra que la de José Luis, y suponiendo que todo se trataba de un truco preparado por su padre —a quien había oído decir repetidas veces que José Luis cantaría en la Feria— se dirigió en su busca y, efectivamente, como se imaginaba, lo encontró en el control de la radio contemplando sonriente dar vueltas a un disco.

—¡Esto es un engaño, papá! —dijo indignada—. ¡Un engaño que yo no puedo permitir!

Y como un rayo se dirigió hacia el disco y cogiéndolo entre sus manos, lo lanzó contra el suelo donde se hizo añicos. Pero cual no sería su sorpresa cuando oyó que la canción no se había interrumpido y que más clara y más alegre que antes continuaba:

Carmelita, Carmelita,
deja tú ya de sufrir
que una boca tan chiquita
no más se hizo «pa» reir.
Carmelita, Carmelita,
deja tú ya de llorar
que una boca tan bonita
no más se hizo «pa» besar.

Todos los que vieron que el disco se hacía pedazos y como a pesar de eso la voz de José Luis seguía cantando, pensaron que por arte de magia acababa de llegar subido en una alfombra volante. Y con este pensamiento no se equivocaron mucho porque, efectivamente, José Luis acababa de llegar, pero no pasajero de alfombra alguna, sino conducido por un magnífico «fluido» y acompañado por miss Gloria, Chon, Pancho, Jonhy y la simpática americanita de la que se hiciera tan buen amigo Chon.

Emocionada por esta sorpresa, Carmelita no supo si reír o llorar; había comprendido que quien cantaba no era otro que el propio José Luis en persona, su novio, que parecía invitarle con su canción a reír y a besar. Sintió deseos de hacer ambas cosas; si, iría y resplandeciente de felicidad le abrazaría, pero antes que realizara sus deseos, un pensamiento cruzó su cerebro: pensó que José Luis estaría casado con esa americana a la que aludieron los periódicos, y esto la hizo enfurecerse. Creyó llegado el momento de cumplir su venganza y fué en busca de Raimundo para que cuando terminara de cantar José Luis los viera juntos.

—Raimundo —le dijo cuando llegó hasta donde él estaba—.
Quédate junto a mí. No te separes.

No pareció que su novio había prestado atención a lo que acababa de decirle, pues con un inexplicable terror dijo:

—Ha llegado José Luis, y le acompaña miss Gloria... será mejor que me marche.

—¿Qué dices? —preguntó extrañada Carmelita—. ¿Te has vuelto loco?

—Perdona, pero es que ahora tengo que marcharme —insistió Raimundo.

No acertaba a comprender Carmelita la conducta de su novio y un tanto exasperada por este comportamiento, le dijo en tono agrio:

—Quédate a mi lado! ¡Te lo ordeno!

Raimundo no le hizo el menor caso y se marchó. Carmelita se quedó maravillada viéndole como se alejaba. Resultaba incomprensible para ella la conducta de su novio, pero obedeciese al motivo que fuera, no pudo evitar cierta alegría cuando vió que se separaba de ella, y es que cada día le resultaba más odiosa su presencia.

Nada más dejar a Carmelita, Raimundo se dirigió hacia la estación con intención de abandonar inmediatamente el pueblo, pues el temor que le dominaba tenía su explicación. Tuvo la desgracia que al desembocar en una calle, dos individuos le salieran al paso: Jonhy era el uno y Pancho el otro.

—Buenos días —le dijeron mientras avanzaban cautelosos hacia él—. ¿No nos esperabas, verdad?

Raimundo se quedó acobardado. No sabía qué hacer: huir le era imposible, por otra parte, hacerse el desentendido no podía. Ambos le conocían perfectamente y también sabían que cuando abandonó su puesto de capataz en las plantaciones de miss Gloria, lo hizo llevándose sus alhajas. ¡Así le resultó tan fácil triunfar en el extranjero!, y así queda explicado su miedo cuando se enteró de que José Luis había venido acompañado por miss Jackson. De haber sabido esta parte escabrosa de su historia, sus paisanos no le habrían permitido la entrada en San Luis de las Flores; pero en fin, aunque tarde, el castigo había llegado, pues

los hombres que le corraban el paso estaban dispuestos a entregarle a la policía norteamericana.

Cuando Raimundo reaccionó de su pánico, les preguntó:

—¿Qué desean de mí?

—Nosotros, nada—le respondieron—. Es la Policía de Los Angeles la que le busca. ¡Venga con nosotros!

Raimundo, viendo que no tenía escapatoria, decidió entregarse, pero antes les dijo:

—Está bien, les acompañare; pero les ruego que disimulen, no quiero que se den cuenta mis paisanos de que soy un ladrón —y al decir estas palabras su voz denotó amargura.

Jonhy y Pancho le complacieron y los tres juntos, como si fuesen buenos amigos, se marcharon. Y desde aquel día sus paisanos dejaron de verle, pues también ahora se marchaba, a pasar una larga temporada en el extranjero, aunque no en un hotel de primera categoría ciertamente.

Entretanto, José Luis, que había terminado de cantar, se dirigió en busca de sus amigos para saludarlos, pero no tuvo que molestarse mucho, todos cuantos le querían —y por cierto que eran bastantes— salieron a su encuentro. Abrazos, risas, alegría y por último un nombre pronunciado con profunda emoción por José Luis:

—¡Viejecita!

Y era que había visto a su madre. Se abrazaron y lloraron emocionados. Después, todos le asediaron a preguntas hasta que José Luis, no pudiendo contenerse por más tiempo, se dirigió a don Anselmo, que había sido uno de los primeros en acudir a saludarle, y le preguntó:

—Dígame, don Anselmo, ¿cómo está? ¿Dónde está?

El padre de su exnovia señaló hacia la alfarería. José Luis sin pérdida de tiempo corrió en dirección a ella: estaba impaciente por ver a Carmelita.

Un tanto cohibidos se miraron los dos cuando se encontraron. Ninguno de los dos sabía qué decir. Por fin José Luis rompió el hielo:

—¿Cómo te va, Carmelita? ¿Eres feliz con tu marido?

—¿Qué dices?—respondió Carmelita—. ¡Si yo no me he casado!

José Luis sintió deseos de abrazarla al oír estas palabras y estuvo a punto de hacerlo, cuando la llegada de una persona le contuvo. Se trataba de miss Gloria Jaksson que acudía en su busca.

Hubo un momento de embarazo; ninguno de los tres se atrevía a hablar. Carmelita creyó que quien acababa de llegar era la esposa de José Luis, pues la identificó con la mujer cuya fotografía apareció en la prensa la noticia del triunfo de éste. Y por otra parte, miss Gloria, con una sola mirada, había comprendido que los dos muchachos que tenía en frente estaban enamorados el uno del otro; en un solo momento acababa de derrumbarse la esperanza que desde hacía tiempo tenía de casarse algún día con José Luis, al que quería con verdadera pasión. Por eso fué ella la primera en hablar y lo hizo con un tono que reveló su infinita tristeza.

—Nunca me dijo, José Luis, que estuviera enamorado.

—No se lo dije, miss Gloria— respondió José Luis— porque creí que Carmelita no me quería.

—Entonces... —terció Carmelita emocionada al comprender por estas palabras que José Luis tampoco se había casado—. ¿quiere decir que no se han casado?

—¿Cómo pudo usted pensar eso —le dijo miss Gloria—. José Luis no dejó nunca de pensar en usted; aunque jamás me lo dijo, yo lo adivinaba. Quírate mucho, Carmelita, es mexicano como usted; juntos harán una buena pareja.

Ni Carmelita ni José Luis se pudieron ya contener, y sin importarles la presencia de miss Gloria se abrazaron con frenesí: había triunfado el amor.

Cuando sus cuerpos se separaron, miss Gloria, que aun estaba presente, les dijo dando una prueba más de su generosidad de corazón.

—¿Quieren que sea una americana la madrina de su boda?

Y la feliz pareja debió decir que sí, porque a los pocos días

se celebró en San Luis de las Flores una fastuosa boda y fué precisamente miss Gloria Jackson quien actuó de madrina.

Y según nos aseguran, desde aquel día, José Luis no volvió a mirar —«por si las moscas»— a ninguna mujer, excepto a su esposa y... ¡a las cinco hijas que el Cielo le concedió! y que fueron bautizadas con los nombres de Gloria, Clarita, Carmelita, Pepita y Luisa.

¡Ah, se me olvidaba! Chon se casó con la americanita, ¡también él tenía su corazoncito!

FIN DE LA NOVELA

CINEMATOGRAFIA COMERCIAL, S. A.

CICOSA

presentará en la temporada 1948-49
entre otras superproducciones las
del mago de la canción mexicana

PEDRO INFANTE

Los tres García

y

Vuelven los tres García

Una visión del México aventurero y romántico, donde tres mosqueteros vestidos de charro imponen la ley de sus revólveres al campo del amor y la canción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Cuidado con la que ha- cas.	Michael Redgrave
Por la dama y el honor El día que me quieras . . .	Paul Lukas
Maria, Estuardo	Carlos Gardel
La película millonaria . . .	K. Hepburn
Los peligros de la gloria La bella rubia	Gene Raymond
Buscando fama	James Cagney
Una mujer imposible	Ann Sothern
El hombre del Níger	Don Ameche
Extraños en luna de miel Fruto Dorado	Jenny Jago
Andrés Harvey, tenorio . . .	Victor Francen
El secreto del marques- traz	Hugh Sinclair
Una hora en blanco	Cable - Colbert
La batalla	Mickey Rooney
La familia Robinson	Armando Talenti
El valle del sol	Ana Neagla
Quien conquista a la mujer	Franchot Tone
Casados sin casa	Charles Boyer
La mujer de las dos ca- sas	F. Bartholomew
Luna llena	I. Craig, L. Ball, A. Moreno
La luna radiante	M. Hopkins
El signo de la cruz	Mensau-P. Negri
Cuando ellas se ocuati- tran	Greta Garbo
El rapto de Laura	I. MacDonald
Una chica se divierte	Joan Crawford
El Club 400	Jean Arthur
Una mujer endiablada	Anna Shirley
La vuelta del Rana. Ba- tallas en la novela de Edgar Wallace	Luna Vélez
El gran jefe	Victor MacLellan
Cuando los hijos se van Otra vez más	Fernando Soler
La hermanita del ma- yordomo	Ronald Colman
Juventud ambiciosa	Diana Durbin
El sospechoso	William Holden
Matrimonio de incoven- nencia	Ch. Laughton
Una chica afortunada	Dizna Barrimore
La dama del tren	Jean Arthur
Documento X. 3	Diana Durbin
Zazá	Iza Miranda
	C. Colbert

«Nueva serie» 3 ptas.

Olivia	K. Hepburn
El duque de West Point . . .	Jean Fontaine
El nuevo Zorro	John Carroll
Rutas infernales	John Wayne
Hombres intrépidos	John Wayne
Elle Carson	John Hall
La ruta del fate	John Ayer
¿Crimen o suicidio? ¿Qué lindo es Michae- l	Paul Kelly
	Tito Guizar

«Serie especial» 3'50 ptas.

Cuando quiera un mexi- cano	Jorge Negrete
Así se quiere en Jalisco . . .	Jorge Negrete
Diego Banderas	Jorge Negrete
Perjuro	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Biogra- fía)	
La cámara diabólica (1. ^a parte)	Flash Gordon
El rayo de la muerte (2. ^a parte)	Flash Gordon
La Doloresa	Arturo Godoy
Tarcón de las fieras	Bustor Crabbe
La madrina del diablo	Jorge Negrete
Sargento York	Gary Cooper
Seda, arena y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional . . .	George Brent
Mi novia está loca	Dennis O'Keefe
Ay Jalisco, me te ríes! También somos seres humanos	Jorge Negrete
La venganza de Legar- dese	Burgess Meredith
Caminos de sacramento. Destino	Jorge Negrete
Estraña mujer	Ingrid Bergman
La dama de la frontera	Hedy Lamarr
	Yvonne de Carlo

SELECCION BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

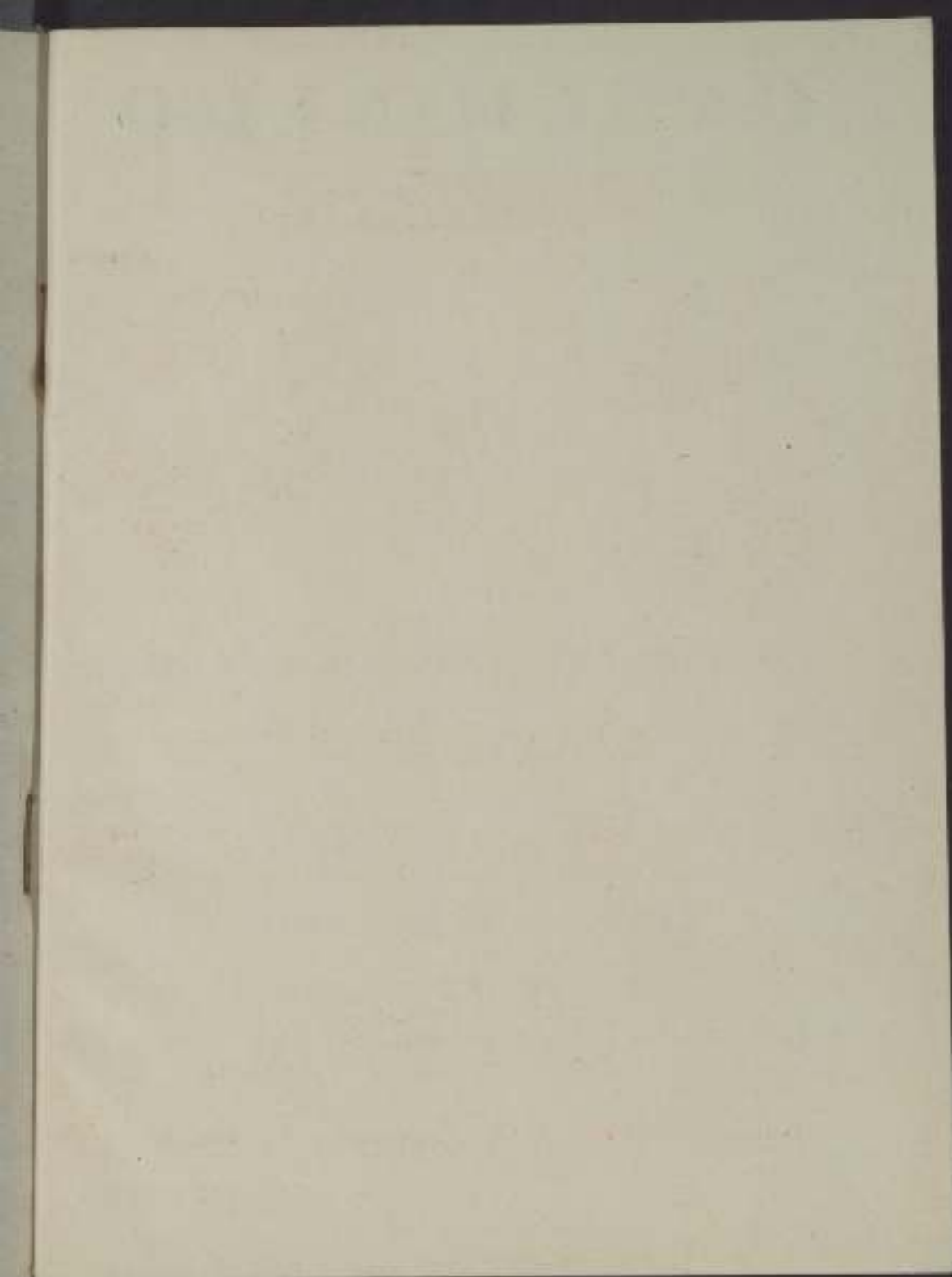
A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Marusa Tomas
Verbena	Marusa Tomas
Rosa de Africa	Tomas - Medina
Noche de engaño	A. Nazzari
Cautivo del desierto	Leslie Howard
Flores de coplan y prego- nes de Alhacén	Gracia de Triana
Tú llegas	Roberto Rey
Buenas noches	Maria L. Cerona
Otoño	Roberto Rey

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	
Miguel Ligero	
Estrellita Castro	
Alfredo Mayo	
Melva Douglas	
Manuel Luna	
Antonio Vico	
James Stewart	
Charles Boyer (Su vida, triumfos y anécdotas)	

CELEBRIDADES DEL CINEMA 75 cént.

Charles Boyer (Colec-
ción de 8 portales)



CANCIONERO

de  Editorial **ALAS**

1 peseta

RATFLES
PEPE BLANCO
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
NIÑA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDERRAMA
LOS MEJORES CANTARES
BONET DE SAN PEDRO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOSO (Tango)
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPIYA LLACER
LUIS ARAQUI



IRMA VILA
NEGRETE
MARIA ELVIRA
JUANITA REINA
NINO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
RUISEÑORES DEL NORTE
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
ALFONSO GUERRA
PEPE MARCHENA
EL GRAN KI-KI
LOLA FLORES
JOSE MARIA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS - ANTONIO MACHIN - BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE - LOS CLIFFER'S

2 ptas.

CINCO VOCALISTAS DEL JAZZ - CINCO ESTILISTAS CALES - CINCO ESTRELLAS
CALES - CINCO ESTRELLAS DEL HOT - TRIO CALAVERAS - CUARTETO TROPICAL
ANTONIO MACHIN - IRMA VILA - COMBINADO ESTELAR

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

4 pesetas